

Josefina Maynadé

HERMES
EL MAESTRO DE LA SABIDURÍA



Digitalización y Arreglos
BIBLIOTECA UPASIKA
“Colección Autores Teosóficos del Siglo XX”

ÍNDICE TEMÁTICO

I.- EGIPTO

En el Gran Continente Africano — Dos Oasis — La Vieja Tierra de Khemi — Morada del Dios Solar — La “Novia del Nilo” — Colores del Río — Preces de Buen Augurio — Las Grandes Riadas — Épocas de Fecundidad — Papiros — Lotos — La Fauna Egipcia — Según las Viejas Crónicas... — Dinastías Faraónicas, *página 5.*

II.- LA PREDICCIÓN DE LOS ASTROS

Equinoccio Otoñal — Reunión Cautelosa — La Serpiente de Sabiduría — Padre y Madre Celestes — El *Ank* de Oro — Conjunción Astral — Pronósticos Optimistas — La Colonia Atlante — Bajo el Mar Tenebroso — Los Ciclos Históricos — Despertar de Egipto — Una Nueva Era — El Maestro de Maestros — Edicto del Hierofante..., *página 10.*

III.- NACIMIENTO DE HERMES

Después del Plenilunio — El Desconocido— Ante el Portal — “Soy Portador de Una Ofrenda Preciosa” — Bienvenida — El Esperado — El Toro Sideral — Ceremonia de Recepción — El Sol Nocturno — Convocatoria del Alba — El Recién Nacido — Siete Perfecciones — “El Que Guía Hacia la Luz”, *página 15.*

IV.- ADOLESCENCIA

Recinto Amurallado — Los Juegos — Las Contemplaciones — Vista del Delta — Dulce Sinfonía — El Muro Blanco — Prodigio — Archivos del Saber Secreto — Jeroglíficos — El Joven Hermes — Tempranas Inquietudes — Sus Profundos Ojos Negros... — Las Soledades — El Que Todo lo Sabía — La Gran Pregunta — “La Vida es la Gran Maestra” — Antes del Amanecer — La Sortija Talismánica, *página 21.*

V.- LAS PRIMERAS PRUEBAS

La Ciudad de Menfis — Tradición Milenaria — Rotundo Fracaso — Despótica Voluntad — Reyes Indignos — La Plaza del Mercado — Un Arbitrio Sin Ley — Brutal Atropello — Noble Actitud — Recuperación

— Miseria del Pueblo — Por la Orilla del Río — Aguda Queja — El Auriga Derribado — Cura Preventiva — Matriarcado — El Joven Kufu — Halagos y Diversiones — Despedida — ¡Hijo mío! — La Llamada — Sed Felices — Retorno al Templo, *página 28.*

VI.- LOS MISTERIOS DE OSIRIS

La Sagrada Congregación — “Estoy Dispuesto” — La Venda — “Invoca a tu Guía Divino” — Extraño Acompañante — El Monstruo — Cinocéfalos — Seres Rampantes — Aves Agoreras — Lúgubre Procesión — El Friso — “Vas Hacia la Muerte” — Ante la Momia — Síntomas de Asfixia — Pruebas de los Elementos — La Gruta — Seres Elementales — Otra Vez Anubis — “Sube y Llama”, *página 43.*

VII.- HACIA LA LUZ

La Rotonda — Isis y Osiris — Símbolo de la Vida Eterna — “Te Consagro Iniciado” — La Gran Madre — Himno Mágico — Por la Puerta de Oriente — Cíclica Misión — El Primer Rayo de Sol — Renacimiento — La Barca de Isis — El Lago Sagrado — Amor Infinito — Glosas — El Gran Canto — Otra Vez en el Templo de Ptah, *página 55.*

VIII.- MUERTE DEL FARAÓN

Las Revelaciones — La Ciencia Madre — Unidad de la Vida — Veladas — Universidad Sapientísima — El Universo Interior — Toque de Difuntos — La Representación — Ceremonia Póstuma — Conminación al “doble” — La Momificación — El Sepelio — El Duelo — Morada Permanente, *página 61.*

IX.- LA GLORIOSA DINASTÍA

Por un Nuevo Faraón — Rey por Aclamación — La Prueba Definitiva — En el Templo — Las Lecciones — El Faraón Iniciado — Transmisión de la Palabra — El Padre Espiritual — Muerte del Hierofante — La Sucesión — La Más Noble Herencia — Hermes y Kufú, *página 67.*

X.- LA ESFINGE REVELADA

Equitativo Reinado — Signos de Progreso — Difícil Problema — La Visita — Hora de Asueto — Crepúsculo Vespertino — El Paseo — Ante la Esfinge — Revelación — Antes del Cataclismo — Hundimiento de la Atlántida — El Gran Monumento Antediluviano — *Harmakis* Venerable — Sol y Luna — Inspiración — “Volvamos al

Templo”, *página 71.*

XI.- RESURRECCIÓN DE EGIPTO — LA GRAN PIRÁMIDE

En el Laboratorio — Apasionante Tema — Hojas de Papiro — “Ella Nos Ha Iluminado” — La Nueva Civilización — Ingente Proyecto — El Sueño de la Pirámide — Un Gran Libro de Piedra — Vedado Diseño — Las Siete Cámaras — Ofrenda al Futuro — Las Canteras — “Mis Arcas se Abrirán” — Cielo de Madrugada — El Espíritu del Sol Desciende — Hermes, “Tres veces Grande”, *página 77.*

ENSEÑANZAS DEL HERMETISMO, *página 81.*

La Confesión (Papiro Un), Del Papiro Nebseni, Hermes (Del Libro de la Salida a la Luz del Día).

I.- EGIPTO

En el Gran Continente Africano — Dos Oasis — La Vieja Tierra de Khemi — Morada del Dios Solar — La “Novia del Nilo” — Colores del Río — Preces de Buen Augurio — Las Grandes Riadas — Épocas de Fecundidad — Papiros — Lotos — La Fauna Egipcia — Según las Viejas Crónicas... — Dinastías Faraónicas.



Al noreste del gran continente africano, alimentado siglo tras siglo por la fértil cuenca del Nilo que alarga sus oasis entre dos dilatados eriales —la Arabia Pétreo y el Desierto de Libia— se extiende un país de civilización multimilenaria, cuyo nombre primitivo fue Tierra de Khemi que significa “Morada del Dios Solar”

Llano en su parte baja, limítrofe con el Mar Mediterráneo, asciende el terreno progresivamente a medida que el gran río se aproxima a sus fuentes.

Ese antiquísimo país llamado posteriormente Egipto, posee variedad de climas, según sus latitudes, y su suelo produce multitud de especies de fauna y flora.

Las características raciales de los antiguos habitantes eran el color rojizo de la piel, el cuerpo esbelto, estrecho de caderas y ancho de hombros, la cabeza redonda, las facciones correctas de pómulos salientes y breve mentón, grandes ojos almendrados, frente algo aplastada y cabellos lacios, negríssimos, cortados, casi siempre geométricamente a la altura de la nuca y en flequillo sobre la frente.

A medida que el Nilo se aproximaba a sus orígenes o sea hacia el Alto Nilo, cerca de Nubia de altos lagos y prodigiosas cascadas, la piel de los egipcios se iba obscureciendo progresivamente, las facciones se hacían más aplastadas, la nariz se ensanchaba, el prognatismo se acentuaba, el cráneo se

alargaba por la parte posterior y el pelo se tornaba crespo y de color indefinido.

Poéticamente, los habitantes de ese país, que lo adoraban, llamaban a su tierra fecunda “La Novia del Nilo”. Tan íntimamente unida a sus destinos y civilizaciones se hallaba la constante dádiva del río que vivifica y nutre, de sur a norte, sus dilatadas márgenes. Esa reiterada, constante dádiva amorosa del río, ha sido, desde las más remotas épocas, la base de toda la riqueza del país e hizo posible el alto nivel de las consecutivas civilizaciones que allí se fueron sucediendo, milenio tras milenio.



El Nilo

El Nilo ostentaba, según sus cíclicas etapas o estaciones, los cuatro colores sagrados de Egipto: el verde, el rojo, el azul y el blanco.

Cuando hacia el fin del ardoroso verano comenzaban en las alturas imponentes de los Montes Etiópicos, en el corazón de África, las lluvias torrenciales, las cataratas henchían sus vertientes impetuosas, deslizándose abajo su ingente caudal.

Esas primeras riadas, después de la prolongada sequía, arrastraban con fuerza arrolladora, desarraigándola, la ufana vegetación de los altos lagos. De este modo, la irrupción primera de las aguas desbordadas aparecía en la cuenca del Nilo,

de color verde, por las cañas y los musgos y las plantas corrompidas que arrastraba.

Los labriegos egipcios, inmovilizados por el bochorno y la sequía, bendecían como a una divinidad descendida de las alturas misteriosas, el advenimiento de esas anuales avalanchas líquidas que se extenderían por el luengo valle, fecundándolo.

Las preces de buen augurio comenzaban cuando aparecían, anticipándose a la riada, los *sacks*, pequeños cocodrilos que merodean por los contornos de los altos lagos y que se precipitan río abajo, cuando empiezan a extenderse sus orillas, amenazando romper los naturales diques.

Poco después, el ímpetu de las cascadas y la velocidad de la corriente

arrastraban con fuerza incontenible las arcillas del suelo etiópico y el Nilo se tornaba rojo, de color de sangre.

Era la auténtica dádiva del río. Entonces ensanchaba su cauce hasta el muro natural de contención de los Montes Arábigos por el oriente, y la cordillera y las dunas altas de compacta arena del Desierto Líbico por occidente, inundando a menudo chozas y palmerales.

Cuando, después de las grandes lluvias, alentizaba el Nilo Rojo poco a poco su curso, y retraía sus aguas, el limo que arrastraran se iba sedimentando en sus orillas a medida que aquellas se restituían a su lecho natural.

Entonces, sobre aquellas márgenes exhaustas y reseca, aparecía una extensa alfombra rojiza y húmeda, abonada por los desechos de la vegetación y por las ricas substancias minerales de las tierras que atravesaran las aguas en su dilatado recorrido, desde sus fuentes lejanas, hasta la desembocadura del Delta.

Era el tiempo feliz de las siembras y de las prometedoras cosechas, de los festejos y los holgorios, de las riquezas y las bienandanzas.

Las cañas rumoreaban al impulso de las brisas crecidas, y las plantas del papiro de esbeltos tallos, de médula nutritiva, erguían los penachos de sus flores blancas, verdes, que ofrecían pródigamente en su epidermis el papel para las escrituras jeroglíficas.

Los lotos eran la flor simbólica de Egipto. Arrastrados, desde las tierras altas del Sur por la impetuosidad de la corriente dejaban, desarraigados, las plácidas orillas de los lagos donde tenían nacimiento, para agarrarse y enraizar heroicamente, remansados en las orillas por las tierras bajas, cuando se amansaba la corriente del río. Replantados así, por voluntad propia, en el limo endurecido, ofrecían, a lo largo de la vega egipcia su ofrenda floral, que los habitantes tenían por sagrada. Al renacer así, trocaban mimosamente los lotos su color blanco originario por el rosa delicado y el azul.

Entre las flores revoloteaban, felices, las tórtolas y las palomas torcaces, chapoteaban los patos y las grullas y se deslizaban los ibis de largas patas y rosado cuello.

Más hacia el interior, abrevándose en los remansos naturales o en los canales de riego del río, retozaban libremente entre los prados, al pie de montes y dunas, las gacelas y los gamos junto a las cabras, las ovejas y los bueyes de fina piel y cuernos en forma de lira.

Al iniciarse el plácido otoño africano, cuando la corriente decrecía, los altos lagos del África Central, repletos de agua remansada, dejaban filtrar las aguas puras, ya sedimentadas, alimentando el ya menguado caudal del Nilo.

Entonces discurrían mansas las aguas límpidas de las reservas de altura. Era como si el río se vistiera de blanco, con la sagrada vestidura de los sacerdotes del dios Ptah.

Después de esta mística representación del río, llegado el dulce invierno, las aguas cada vez más bajas y casi inmóviles, reflejaban como un cristal pulido el color azul intenso del cielo africano, barrido por las brisas. Era entonces el pequeño Nilo azul, el río de las esperanzas. Por fin, los asoladores vientos del desierto llenarían el aire del fulbo dorado de la fina arena presagiando los grandes aluviones de salvación.

Para el populoso y sufrido pueblo egipcio, el Nilo era el Padre y la Madre del país, la riqueza de su suelo, su seguro sustento y el sustento de sus hijos, hasta la eternidad. Sus cuatro colores señalaban las cuatro estaciones del año y el ritmo — abundancia y penuria — de la vida de sus habitantes.

En ese dilatado oasis vivía una raza cuyos orígenes se perdían en la noche de los tiempos, según las viejas crónicas, anterior al Diluvio y al hundimiento de la Atlántida, siempre consagrada al trabajo y a la adoración, a la obediencia y al acatamiento de sus reyes de origen divino.

Ya que los egipcios tenían por gobernante y señor absoluto de las tierras que cultivaban, al Faraón, en quien reconocían a la personificación de sus dioses máximos y al transmisor de su suprema voluntad. Por eso lo acataban sumisamente, de manera absoluta, generación tras generación.

Esa mezcla de reverencia y temor que inspiraba el Faraón a su pueblo, procedía de la fe ancestral en esas divinidades de representación humana o semianimálica que simbolizaban poderes y agentes universales. Esos poderes los encarnaba el Faraón de Egipto. En su misma persona aunaba el cetro de la realeza y la dignidad de iniciado en los Misterios a través de la comunidad religiosa de Ptah, el primitivo dios solar de los menfitas.

Mediante esa institución tradicional político-religiosa, mantenía Egipto su hegemonía sobre todo el mundo antiguo.

Resguardado naturalmente su suelo por las lindes, difícilmente accesibles de la Naturaleza, las dinastías de sus reyes de origen divino, se iban sucediendo sin apenas cambios, siglo tras siglo, con la misma continuidad productora y ordenada de su río del que, en lo temporal, también el Faraón era símbolo.

Como el río, dominaba, de sur a norte, el país, vasallo incondicional y sumiso así a la dádiva del río como al poder de las dinastías faraónicas. Como el río, era el monarca una potestad única e indiscutida que sustentaba por igual el cuerpo y el alma de sus súbditos, el orden de la vida material y espiritual del

pueblo egipcio.



II.- LA PREDICCIÓN DE LOS ASTROS

Equinoccio Otoñal — Reunión Cautelosa — La Serpiente de Sabiduría — Padre y Madre Celestes — El *Ank* de Oro — Conjunción Astral — Pronósticos Optimistas — La Colonia Atlante — Bajo el Mar Tenebroso — Los Ciclos Históricos — Despertar de Egipto — Una Nueva Era — El Maestro de Maestros — Edicto del Hierofante....

En la primera lunación que sigue al equinoccio otoñal, cuando comienzan a decrecer las aguas del Nilo dejando impoluta la roja alfombra de su limo sobre las anchas riberas del estero, el Hierofante del Templo de Ptah, convocó al cónclave de ancianos sacerdotes en el interior del Santuario del dios.

Aquella reunión cautelosa tenía lugar a espaldas del Faraón, ya que, desde la más remota antigüedad, el cargo de Hierofante honorario lo ostentaba el Rey que, por tradición, se consideraba de origen divino.

Había en la estancia a la sazón una suave penumbra y se percibía en el ambiente el fragante aroma de las resinas que se consumían lentamente en los pebeteros metálicos y cuyos lentos humos azulados dibujaban en el aire caprichosos jeroglíficos.

— Os he convocado en la morada secreta del Padre — comenzó diciendo el Hierofante, de pie, investido con la blanca túnica talar de las ceremonias — para comunicaros las previsiones del próximo sagrado plenilunio. Ayudado por la sabiduría del gran Padre y de la gran Madre, he consultado las órbitas de los cuerpos celestes, las rotaciones cíclicas de los planetas, sus miradas mutuas dentro del magno panorama del zodiaco estelar.

Diciendo estas palabras, el anciano Hierofante de luengas barbas blanquísimas, se dirigió hacia un lado de la estancia y, levantando el brazo, señaló con el índice de su diestra, ornado con el gran anillo mágico, el disco grabado en piedra que llenaba gran parte del muro lateral del Santuario.

Con voz grave y pausada, prosiguió:

— Según la ley de la precesión equinoccial, Osiris, el Sol interno que preside los Misterios, entra ahora en el signo de la Serpiente de Sabiduría, el Uraeus sagrado, ya que en el equinoccio de primavera roza su signo opuesto y

complementario, el del Toro celeste.

Y el venerable sacerdote trazó entonces un diámetro supuesto que, partiendo del primero de los signos zodiacales mencionados, atravesaba el centro de la circunferencia de piedra y terminaba en el bajorrelieve del Toro.

— La representación celeste del Padre, dador de la Vida — continuó después de una pausa — se halla actualmente aquí.

Esto diciendo, ceremoniosamente, retornó el índice al punto de origen. Y comentó:

— En este mismo instante, la Madre está con él, celebrando ambos la nupcia celeste. Hoy es el día de la sagrada neomenia.

El Hierofante se volvió seguidamente y se colocó de nuevo frente al auditorio de ancianos sacerdotes reunidos, que le escuchaban y seguían sus gráficas insinuaciones en completo silencio.

La figura del Sumo Sacerdote se erguía, solemne y hierática, sobre el fondo de granito rosa de la enorme piedra labrada.

En la velada semiobscuridad, el *ankh* sagrado, la cruz ansata de oro, distintivo de los Iniciados egipcios, pendía sobre su pecho y reflejaba intermitente las resinas en ascuas del pebetero cercano.

Luego, fue avanzando lentamente y se situó otra vez en medio del círculo que formaban los sacerdotes. Y prosiguió:

— Muchos días y muchas noches llevo consagrados al estudio de las extraordinarias posiciones planetarias que se aproximan. Las esferas armilares de la bóveda del observatorio acusan actualmente una conjunción de gran fuerza, una comunión de rayos cósmicos que, al confluir sobre la Tierra, pronostican un acontecimiento de trascendencia casi única, puesto que no volverá a producirse hasta que hayan transcurrido más de dos milenios...

El más vivo interés se reflejó en aquel momento en los semblantes de los venerables ancianos que constituían el reducido y selecto auditorio.

Cinco cuerpos celestes unen ahora sus auras y sus miradas sobre este viejo país de Egipto, que en tiempos remotísimos mereció ser preservado por los dioses de la gran catástrofe que hundió a nuestra hermana mayor, la gran Isla Atlántida, para que prosiguiera la tradición sagrada y no se apagara para el mundo la luz de los Misterios.

Al concluir estas palabras, respiró el Hierofante, levantó la testa orlada por el ceñidor sagrado que pendía por ambos lados sobre sus hombros, y prosiguió con voz ligeramente temblorosa:

— El lenguaje celeste pronostica la próxima liberación del organismo sacerdotal que tiene a su cargo los oficios sacros del Templo y la institución

de los Misterios. Me refiero a la liberación de la jerarquía sacerdotal del poder faraónico. Hasta ahora, y prosiguiendo la antiquísima tradición atlante, de cuando los reyes eran verdaderamente seres de categoría divina y a quienes la ley de la evolución encomendaba la guía espiritual y material de la humanidad, los Faraones han seguido ostentando el doble cetro. Han seguido siendo, aunque sólo nominalmente, los hijos de Osiris y de Isis. Porque en verdad, hace ya muchos siglos que el vínculo divino quedó en parte truncado. A partir de los reyes de la llamada primera dinastía, la calidad de sus almas ha ido poco a poco degenerando. Y ello ha sido en detrimento, bien lo sabéis todos, de la verdadera misión sacerdotal. Todo ha cambiado desde los gloriosos orígenes de Egipto, colonia un tiempo de la famosa Atlántida, refugio y solaz de los más preclaros misioneros de los altos Misterios, desde los tiempos en que el gran Asuramaya, el puro sacerdote-astrólogo, previo el hundimiento de la Isla de Poseidonis por la trasgresión de los altos poderes adquiridos por los indignos representantes de las jerarquías gobernadoras de aquel inmenso territorio desaparecido para siempre bajo las aguas del Mar Tenebroso. Desde entonces, sobre este suelo de privilegio, han florecido sucesivas, avanzadísimas civilizaciones; ascensos y descensos en la curva cíclica del definitivo, lento avance de la humanidad. Sobre todas las cimas de esas ondas, imperó la fuerza y la sabiduría de Osiris. Cuando, hace varios milenios, sobre el árido desierto que hoy limita el país por occidente y besaba el mar los fundamentos de granito de la gran Esfinge, el monumento prediluviano y las aguas del Nilo discurrían por cauces distintos, la gran conmoción geológica puso en nuestras manos el cetro espiritual del mundo. Sin embargo, de aquella inmensa convulsión general de la Tierra Madre que delimitó de nuevo los perfiles de nuestro suelo, nos recuperamos muy lentamente. Los principios siempre son lentos y la conciencia de la humanidad tarda en despertar. Sobre los pueblos, imperaban el terror y el olvido. Entonces, los altos seres toman sobre sí la responsabilidad de los reencauzamientos. Y crean y adaptan a los nuevos signos los estamentos sociales y sus leyes, imponen la moral eterna, rigen el país según los principios emanados de las esferas universales y actúan con plenitud de autoridad como reyes y sacerdotes divinos... Hasta que la onda vence por el ritmo con que imperan los tiempos. Aquí estamos. Los grandes seres se inhiben entonces de las torceduras de la historia y contemplan, desde otros planos, los hechos de los hombres... Esta es la verdad: hallándose, desde la gloriosa antigüedad, unidos el poder real y el poder religioso, éste ha ido decayendo a tenor del debilitamiento espiritual de las dinastías gobernadoras

del país. He aquí, hermanos míos, el drama de nuestras internas jerarquías sacerdotales, sometidas al inapto poder dinástico.

Diciendo estas solemnes palabras, unió el Hierofante sus manos y las alzó lentamente, en prez silenciosa, sobre su testa alzada. De pronto, su semblante se iluminó. Separó ambas manos y las mantuvo abiertas, como en acción de gracias. Las recogió luego sobre su pecho, y continuó:

— Este estado de cosas, toca a su fin. Un gran despertar se inicia en el viejo país de Khemi, protegido por los altos dioses hermanos. Nos hallamos a las puertas de una nueva Era que tendrá como símbolo exterior el Toro sagrado. Cada nuevo ciclo de civilización, bien lo sabéis, trae consigo sus precursores y embajadores celestes. Grandes seres superdotados, investidos de la misión divina de regenerar a la humanidad y sellar la civilización naciente, vienen a la Tierra... Mis pronósticos astrológicos, anuncian el advenimiento en este viejo país, del que será Maestro de Maestros de las generaciones presentes y futuras. La gran Alma que va a nacer, está llamada a restituir el poder y la perdida eficiencia, a la tradicional institución religiosa que rige los Misterios egipcios, famosos en todo el mundo. Pero ese ser iluminado que elevará al prestigio máximo la calidad del cuerpo sacerdotal de Egipto, hallará la colaboración debida, en el orden social y dinástico, en otra alma predestinada en la que culminará la misión faraónica de la cuarta dinastía naciente hasta la más alta justicia y dignidad, preconizadas por los Padres espirituales de la nueva Era. Regocijémonos, pues, hermanos. Una época de esplendor comienza bajo su guía iluminada. Esta luz viviente, emanará del seno mismo de nuestra comunidad...

Al oír estas palabras, los sacerdotes en círculo se levantaron a una de sus asientos y formando un haz, se apiñaron con visibles muestras de interés y entusiasmo, en torno al Hierofante, requiriéndole a preguntas.

— Calma — dijo entonces éste, con autoritario acento — Calma. No es hora de alborozos, sino de responsabilidad y de silencio. Os he anunciado ya al que ha de venir. Esperémosle, cobijémosle. Seamos dignos de este privilegio y hallémosnos dispuestos ante la llamada. Así hallará entre nosotros un medio propicio a su completa formación. Según la palabra de los astros, el glorioso Anunciado nacerá dentro de breves días, en torno al próximo plenilunio y no lejos de esta mansión sagrada. Estad, pues, atentos a mis órdenes.

Permaneció el Hierofante largo rato reconcentrado, en la misma posición, como si esperara alguna insinuación interior. En torno suyo, los sacerdotes permanecían rígidos en su respectivo lugar, atentos a esas

imprecisas, intuitas órdenes.

Al cabo de un buen rato, dijo el Hierofante, como si volviera de su propio mundo interior, a la realidad que lo rodeaba:

— Lanzad un edicto al pueblo de Menfis diciendo que todo niño nacido alrededor de la luna llena y que muestre los signos de las siete perfecciones, lo pongan los padres en conocimiento de la comunidad de sacerdotes del Templo de Ptah y serán debidamente recompensados por los dioses y por los hombres.

III.- NACIMIENTO DE HERMES

**Después del Plenilunio — El Desconocido— Ante el Portal —
“Soy Portador de Una Ofrenda Preciosa” — Bienvenida —
El Esperado — El Toro Sideral — Ceremonia de Recepción
— El Sol Nocturno — Convocatoria del Alba — El Recién
Nacido — Siete Perfecciones — “El Que Guía Hacia la Luz”.**

Pocos días después del plenilunio que sigue al equinoccio de otoño, cuando tenían lugar las grandes festividades religiosas de los Misterios, antes de abrir el alba, un hombre alto y bien formado, de tersa y brillante piel rojiza, de pura sangre egipcia, vestido a la manera de los ciudadanos acomodados de Menfis, llamaba a la puerta trasera del Templo de Ptah, lugar habitado por la comunidad de sacerdotes que tenían a su cargo los oficios sagrados.

Vestía el aludido una estrecha túnica de tela de algodón a rayas diagonales verdes y rojas, con amplio mandil almidonado a pliegues, sujeto por un cinturón de cuero y oro. Tocaba su cabeza, de amplia y pensativa frente, un rico lienzo sirio bordado con hilos de colores, ceñido con corona de metal a la manera egipcia y cuyos paños laterales caían en forma simétrica sobre sus anchos hombros.

En sus brazos sostenía un envoltorio cubierto con una alba y fina tela primorosamente calada.

La puerta tardaba en abrirse y el hombre daba muestras de creciente impaciencia. De vez en cuando volvía la cabeza a un lado y a otro, frunciendo el ceño en la semiobscuridad que antecede al amanecer, en tanto oteaba a lo largo de los caminos de acceso al Templo, como si temiera ser descubierto.

Por fin rechinaron los goznes de hierro, la puerta se abrió pausadamente, y el visitante entró tras un mudo ademán hospitalario del más joven de los sacerdotes de Ptah.

Dio el misterioso visitante unos pasos hacia el interior y, franqueado el umbral, se detuvo sin cambiar de postura.

Cuando el sacerdote hubo corrido el cerrojo de la puerta, acercó con interés su candil de aceite y resinas perfumadas al desconocido, mirándole de arriba abajo. Luego, díjole:



Antes de abrir el alba, un hombre alto y bien formado, llamaba a la puerta trasera del Templo de Ptah...

— ¿Qué quieres de los siervos de Ptah?.

Con voz varonil y segura aunque levemente velada por la emoción, respondió el recién llegado:

— Soy portador de una ofrenda preciosa, la más grata a mi corazón. Fiel a la llamada del Sumo Sacerdote, os traigo a mi hijo recién nacido. Es para mí una honra altísima ofrecerlo a vuestro superior cuidado, para el servicio del dios.

El joven sacerdote lanzó una exclamación de júbilo. Dejó en seguida en el suelo el candil metálico, levantó ambos brazos con las palmas de las manos de frente, y se inclinó con reverencia ante el desconocido. Luego, sin decir palabra, desapareció por el fondo en tinieblas de la estancia.

El visitante permaneció inmóvil, de pie, mirando en la dirección por

donde había desaparecido el sacerdote.

Este no tardó mucho en reaparecer, precediendo y alumbrando al anciano Hierofante.

El recién llegado lo vio avanzar alto y majestuoso, con su larga barba cana cortada en punta y su alba túnica hasta los pies, sujeta a la cintura con una simple faja amarilla.

Al llegar frente a él, el joven lampadóforo se hizo a un lado.

Sonriendo y con los ojos iluminados, el Hierofante se dirigió al recién llegado con estas palabras:

— ¡Bienvenidos seáis, tu y el ser que has engendrado por la voluntad de los dioses!.

Los ojos relucientes del anciano se fijaron acto seguido en el tierno envoltorio que sostenía el anónimo visitante, y levantando con manos temblorosas una punta del velo que lo cubría, añadió:

— ¿Cuándo sellaron los astros su primer vagido?.

— En la media noche del día de la luna llena — contestó el aludido, inmóvil como una estatua.

— ¡Es el esperado! — susurró el Hierofante, como hablando consigo mismo, con voz que era al mismo tiempo suspiro. Y dirigiéndose al hombre ¡Sea tres veces bendito, ya que un día ha de ser “Tres Veces Grande”!.

Levantó entonces en actitud de agradecimiento y loa los brazos, con las palmas de ambas manos abiertas al cielo, y añadió cerrando los ojos, como si concentrara en la acción de gracias todas las fuerzas de su ser:

— En nombre de la Madre Isis que lucía, en su plenitud en el cénit celeste, ¡sea bendito!.

Dirigióse luego hacia occidente, con las palmas de las manos de frente y prosiguió ceremoniosamente:

— En nombre de Apis, el Toro sideral que preside la Era que comienza, ¡bendito sea!.

Volvióse acto seguido cara a oriente y añadió:

En nombre de la zodiacal Serpiente, el Uraeus secreto, ¡que su bendición sea tuya!.

Finalmente, dobló su cuerpo, con las palmas de las manos dirigidas a la tierra y con voz gravé y profunda, invocó:

— En el nombre de Osiris, el Sol Nocturno, señor de los Misterios, ¡te bendigo!.

Avanzó entonces dos pasos en dirección al desconocido tendiendo hacia él los brazos, en actitud de súplica y requerimiento, sin decir palabra. El

hombre, depositó en ellos suavemente el precioso envoltorio.



El Toro Sagrado

— Desde hoy — dijo el anciano — tu hijo se halla bajo la custodia de esta sagrada comunidad. Velaremos por su crecimiento externo e interno. Tu generosa acción, tu renuncia, son una ofrenda inapreciable al presente y al futuro del mundo. ¡Que los grandes dioses premien a ti y a su madre, la Santa primogenitora del Enviado!.

Las puertas del Templo se volvieron a abrir lentamente. El hombre avanzó unos pasos, levantó la faz y sus ojos negros, grandes y rasgados, se posaron un buen rato sobre el sol alado que orlaba la piedra del dintel de entrada.

A la temprana luz del día, pudo ver entonces el Hierofante lucir en ellos dos grandes lágrimas. Era el precio humano de la renuncia definitiva al hijo recién nacido.

El anciano depositó entonces la dulce carga en los brazos del joven sacerdote y dirigiéndose al desconocido, sacó de su dedo índice una gran sortija de oro formada por un ágata labrada, rodeada de diamantes y rubíes incrustados, y se la entregó, en tanto le decía:

— Tómala. Es el talismán del dios. Tu le diste el germen. Tu esposa la materia. Osiris el espíritu. A través de él, la protección divina se cernirá siempre sobre tu hogar.

El hombre tomó la sortija y la colocó en el índice de su diestra y puso ésta en señal de reconocimiento sobre su pecho, en tanto bajaba la cabeza ante el anciano sacerdote.

Después, avanzó decidido hacia la gran puerta y traspuso el umbral. Al emprender el sendero de retorno al hogar, el primer rayo de sol se posaba sobre la faz misteriosa de la Esfinge.

Aquel día, toda la comunidad se hallaba en pie desde la hora del alba.

Corrió la nueva y todos los sacerdotes se habían congregado en la gran sala hipóstila del Templo, ante el altar de las consagraciones, en torno al anciano Hierofante.

Un estremecimiento de emoción invadió todos los pechos cuando éste depositó suavemente la dulce carga que llevaba, sobre el ara redonda y procedió a quitar las envolturas que cubrían al niño.

Un grito de admiración resonó en todas las gargantas después que el Sumo Sacerdote hubo reconocido minuciosamente, en el cuerpecito desnudo, los siete signos de la perfección.

Sonriendo triunfalmente, lo alzó en sus brazos y lo fue mostrando a cada uno de los sacerdotes presentes para tal comprobación, en tanto el pequeño, ya despierto, agitaba sus diminutos miembros al aire perfumado del lugar.

Con mal reprimida satisfacción, iba murmurando el anciano:

— Vedlo, vedlo, hermanos míos... Lo auguraban los astros... Es, en verdad perfecto...

Obedeciendo al ritual de la hora, dos sacerdotes ayudantes abrieron pausadamente la gran puerta principal del Templo, que daba al oriente.

Un rayo de sol atravesó casi horizontalmente la sagrada estancia y se posó sobre el gran disco alado de oro bruñido, que presidía el altar, en tanto, procediendo de un lugar desconocido, sonaban, templados al tenor de las notas astrales, los tubos de bronce de la diaria anunciación de la visita del Padre que estremecían el aire con extrañas resonancias mágicas.

El Hierofante levantó en sus brazos al pequeño hasta la luz del sol y su pequeña silueta gesticulante se perfiló en suave sombra sobre el disco áureo bañado de sol.

Con voz algo gangosa por la emoción que lo embargaba, dijo:

— A ti lo consagro, ¡Oh Sol! y al dios, tu imagen, señor del gran país de Egipto. Apadrinado solemnemente por la comunidad de tu templo, que te adora, le pongo por nombre, Thot-Hermes, “El que guía hacia la Luz”. Haz, ¡Oh Padre! que pueda cumplir tan alto destino y que las humanidades futuras

pronuncien con reverencia este nombre.

Por el aula enorme del Templo de Ptah, llena de misteriosos ecos, resonó entonces como manifestación de gozo irreprimible, esta palabra repetida por múltiples lenguas reverentes y enternecidas:

“Thot-Hermes... Thot-Hermes...Thot Hermes...”.

IV.- ADOLESCENCIA

Recinto Amurallado — Los Juegos — Las Contemplaciones — Vista del Delta — Dulce Sinfonía — El Muro Blanco — Prodigio — Archivos del Saber Secreto — Jeroglíficos — El Joven Hermes — Tempranas Inquietudes — Sus Profundos Ojos Negros... — Las Soledades — El Que Todo lo Sabía — La Gran Pregunta — “La Vida es la Gran Maestra” — Antes del Amanecer — La Sortija Talismánica.

En el vasto recinto amurallado, rodeado de bosques de acacias y de palmeras que ocupaba el Templo del dios Ptah, creció Hermes bajo la vigilancia y los solícitos cuidados de los sacerdotes que constituían aquella comunidad.

Aunque sujeto en cierto modo, desde su tierna infancia, a las disciplinas preconizadas por sus ayos y maestros, no faltaban al joven Hermes, simultaneados con sus estudios, recreos y expansiones propios de su edad.

Sus infantiles juegos tuvieron por escenario los remansos del Nilo poblados por gansos acuáticos, por mansos y esbeltos ibis y diversas aves canoras de plumajes multicolores.

A menudo, frecuentaba en sus juegos el muchacho las proximidades del llamado Muro Blanco que, no lejos del Templo, cerraba con unos cortados montes calcinados el árido Desierto de Libia, cerca del cual se alzaba la mole gigantesca de la Esfinge.

Gustaba especialmente Hermes de navegar por el río, siempre bajo la vigilancia de uno de los sacerdotes pedagogos y, de pie en un breve esquife, remar activamente aguas arriba con un solo remo, manteniendo el equilibrio con sus fuertes piernas desnudas sobre su liviana embarcación.

Cuando en los meses de otoño el agua bajaba clara y mansa, sin perceptibles ondas, algunas veces se aventuraba navegando hasta una islita cercana que dilatava entonces sus orillas sobre el río bajo.

En este breve oasis poblado de palmeras de dulce y dorado fruto; gozaba Hermes de la soledad y de la vasta contemplación de las perspectivas. Empinado en la palmera más alta, oteaba desde allí, enmarcado por las finas palmas cimbreantes, a lo lejos, la vista prodigiosa del Delta, hasta el mar de un

intenso azul uniforme, donde desembocaba el río dividido en múltiples brazos.

Allí aprendió el inquiridor muchacho la difícil lección de observar, de oír y de contemplar. El suave rumor del río era como una música de fondo para sus acostumbradas soledades meditativas. Sobre él, los pájaros melodiaban sus diversos trinos, croaban al atardecer las ranas del color del río y el dilatado graznido de los ibis que pululaban por las orillas en busca del ansiado sustento, ponía una nota única y esporádica de percusión extraña, sobre la dulce sinfonía del paisaje.

Allí se saturaba de sol, de aire, de lluvia. Sobre la hierba y el limo se tendía a veces para contemplar las caravanas fantásticas de las nubes del oriente que coronaban los Montes Árabigos, o el cielo amarillo-dorado, liso y sin nubes, de transparencias únicas, del poniente, en la hora inefable del anochecer egipcio.

Otras veces emprendía caminatas de exploración por los arenales de allende las dunas del Muro. Blanco, fortaleciendo sus piernas, ya que había zonas en las que sus pies se hundían hasta los tobillos en la fina arena donde el viento levantaba a menudo polvorientas tolvaneras que hacían dificultoso el avance a pie, velando todas las perspectivas.

Pero esas frecuentes correrías y aquellos explayes contemplativos no alteraban sus horas dedicadas al tenaz y metódico estudio, bajo la experta guía de los sacerdotes especializados en las diversas asignaturas.

Hermes fue, desde temprana edad, un prodigio de inteligencia. Poseía una sagacidad sin límites para la profundización de los temas más arduos y acosaba siempre a preguntas a sus maestros sobre los más difíciles temas de la enseñanza.

Por ello le fueron abiertos, a poco de rozar la adolescencia, los archivos del saber secreto, los viejos papiros que contenían las recetas médicas y los axiomas sabios. Pero lo que más sugestionaba a Hermes eran la ciencia astronómica, la matemática del Universo y el misterio del más allá de la vida y de la muerte.

Allí aprendió no sólo la sabia escritura de los jeroglíficos, el dibujo y la pulcra grafía policromada que su mano hábil grababa sobre las finas hojas del papiro, sino las reglas de la geometría y los módulos secretos de la arquitectura, basados en las leyes físicas, matemáticas y astronómicas.

La historia lo cautivaba. De ella desentrañaba la lección de sabiduría y cada experimento evolucionario y cíclico, de acuerdo con los ritmos de las épocas zodiacales. En conexión con tales ciclos, le encantaba estudiar su relación con las etapas geográficas y geodésicas a causa de los grandes

fenómenos y transformaciones cósmicas que periódicamente cambiaban la faz del planeta, como cambiaban las condiciones materiales y psíquicas de las sucesivas humanidades.

Sus preguntas requerían cada vez mayor contenido de conocimiento en sus profesores. Y cuando las respuestas de éstos no satisfacían sus crecientes ansias de saber, recurría al que era fama que “todo lo sabía”: el anciano Hierofante.

Así crecía Hermes; sano, inteligente y hábil, puro de cuerpo y mente. En aquel medio culto, amparador y afectivo de la comunidad religiosa del templo, transcurrieron la infancia y la primera juventud del que había de ser más tarde, artífice y mentor de la nueva etapa cíclica de civilización en el país de Egipto.

Al aflorar la hombría, Hermes se habla convertido en un mozo de gallarda apostura, espigado y recio, de proporciones armónicas y semblante de líneas correctísimas.

La expresión de sus ojos grandes y rasgados, era indescriptible. Un poder magnético que seducía e imponía a un tiempo, se desprendía de su mirada persistente, ahondante, que acariciaba y dominaba a todos aquellos en quienes se posaba.

Sus gestos eran lentos y firmes, como si hubieran adquirido ya la afirmación de la madurez y su contacto era electrizante y siempre benéfico, como si se desprendiera de él un don armonizador y revitalizante.

Con el crecimiento, su piel cobriza había adquirido esa pátina noble y aterciopelada, de leve color de humo, que era el orgullo de la raza egipcia, descendiente directa de la antigua y hermosa raza atlante.

En él joven Hermes se centralizaban la ternura y el interés de toda la comunidad religiosa de Ptah.

Sin embargo, en su fuero interno, le parecía que, a medida que se sazaban sus propias facultades, no correspondía en la misma dimensión requerida, aquella constante dedicación y afecto de sus maestros y protectores. A medida que se intensificaba en el joven estudiante el afán, en parte insatisfecho, de más saber, se iba sintiendo un tanto desgajado del solícito y paternal ambiente que a todas horas le rodeaba.

Trataba a veces de definir la causa del impreciso desgajamiento de aquellos santos seres a quienes todo lo debía, pero no acertaba a comprender.

Sólo el Hierofante atisbaba las causas reales. Conocía como nadie las capacidades y las reacciones de su ahijado y sobre todo, conocía la fundamental misión de su vida. Al consultar los astros en el instante de su

nacimiento, supo la forma en que se desenvolverían sus facultades y las incidencias mismas de su vida, a través de las grandes oportunidades que le depararía el destino al divino Enviado. Y al comprobar, no sin cierta pesadumbre, que aquella poderosa individualidad escapaba poco a poco al medio cultural y psíquico que podía ofrecerle la comunidad, el buen sacerdote comprendió la difícil encrucijada de aquella alma y pidió inspiración a los guías espirituales, rectores de la Era que amanecía en el horizonte de la humanidad.

Cada vez con mayor frecuencia, los grandes y profundos ojos negros del joven Hermes, se evadían del límite de sus aulas, ya estrecho para sus desenvueltas capacidades y sus ansias crecientes de evasión, como si su alma inquieta requiriera más dilatados ámbitos de conocimiento y de experiencia.

A menudo abandonaba en silencio sus instrumentos de labor, sus punzones y sus pinceles, los papiros grafiados, los planos geométricos, las claves matemáticas y salía del Templo, deambulando solo y a su sabor por los contornos.

Aquellos rodeos terminaban siempre al ponerse el sol o ya entrada la noche, al pie del misterioso monumento de la Esfinge.

A medida que su poder inquisitivo crecía, su curiosidad por la enigmática efigie que patentizaba la inmemorial edad de la civilización egipcia, aumentaba.

Obligado a reprimir, ante el obstinado silencio de sus maestros, el constante por qué de las cosas que le acuciaba, ¿A quién preguntar la génesis, el verdadero y total significado en el tiempo, en el espacio y en la mente humana de aquella figura monstruosa, mitad hombre y mujer, mitad león alado que oteaba siempre con sus profundos ojos de piedra la salida del sol, de cara al oriente?.

¿A quién consultar?. Desde hacía un tiempo le parecía a Hermes que hasta el anciano Hierofante “que todo lo sabía”, eludía contestar a sus preguntas.

Avanzada la primavera, la cinta angosta y dilatada del Nilo, reflejaba, casi inmóvil, el azul intenso y rutilante del cielo. En sus aguas se proyectaban, fieles y nítidos, los penachos de las palmeras cercanas, agitadas por la refrigerante brisa del norte.

Hermes se hallaba de pie junto a la Esfinge, quieto y mudo, mirando fijamente su enorme faz andrógina como requiriendo al silencio revelador del atardecer, el misterio que guardaba.

La estrella nocturna, compañera del sol, apareció en el cielo índigo,

como si lo perforara desde el remoto infinito, y se posó sobre la gigantesca frente pensativa de la pétreo figura tendida.

Por fin su voz, pletórica de curiosidad, hendió el silencio que le circundaba y dirigiéndose a aquel impasible ser milenario y monstruoso, le requirió en voz alta en estos términos:

— ¿Quién eres, extraño ser de cabeza humana, de cuerpo leonino, de poderosas garras y poseedor de alas?. Monumento de las edades pretéritas, ¿Qué representas, qué nos ocultas, qué requieres de nosotros, los humanos?. ¿Qué pretendes enseñarnos?. ¿Qué enigma entrañas que no me es posible descifrar?.

— Tu propio enigma y el enigma del Universo. — contestó una voz grave y autoritaria, a sus espaldas.

Volvió Hermes sorprendido la cabeza, y vio tras de sí la imponente figura del Hierofante.

— No hay pregunta que no pueda ser contestada — añadió entonces el sumo Sacerdote en tono más dulce y paternal al tiempo que sus labios insinuaban una sonrisa.

— Entonces — objetó, repuesto de su sorpresa, el muchacho, tomándole ambas manos — Entonces, ¿Por qué callas cuando con insistente interés te requiero?.

— Hijo mío — contestó lentamente el anciano, al tiempo que rodeaba con su brazo derecho los recios hombros del ahijado — ¿Has atinado alguna vez a preguntarte a ti mismo: “¿Quién soy?. ¿De dónde vengo?. ¿A dónde voy?”. ¿Has escuchado a tu propio corazón aquietando tu mente?. En él subyace otra sabiduría que es necesario lograr. Tu mente inquiridora pretende indagar los grandes misterios del Universo, pero... ¿Te has detenido a reflexionar sobre el misterio de tu propio ser?. Hay cosas, hijo mío, que nadie nunca te podrá enseñar. Hay enigmas que sólo pueden ser descubiertos por uno mismo. Como nadie puede enseñar a la fruta el secreto de su dulzor, más que su propia normal madurez, así le llega algún día al hombre inquiridor, sabio y puro, la interna revelación. Antes que la Naturaleza te abra sus secretos, tienes que conocerte y abrirte a tu propia divinidad escondida. Esto llegará para ti. Pero la fruta todavía no está madura... Ahora, en este período de transición, tienes que completar tus estudios y experiencias, pero no en los textos sagrados, que no guardan ya secretos para ti, sino en el libro de la vida que todavía ignoras.

Hermes se quedó inmóvil en el mismo lugar, reflexionando largo rato sobre las palabras del Hierofante.

Después, en completo silencio, iniciaron ambos el camino de retorno al Templo. Al franquear su umbral, el Hierofante se detuvo, se encaró con su ahijado, y le dijo en tono decidido:

— Mañana, antes del amanecer, abandonarás el Templo. Ya eres un hombre, y como tal, debes conocer toda la gama de las experiencias humanas. De lo contrario, nunca serías un ser completo y tu misión futura requiere esa faceta para tu integridad. Antes de adquirir el grado de superhombre, tienes que realizar un vivido examen de tu personalidad. Te hallas bien parapetado contra los posibles peligros y tentaciones que no dejarán de presentarse; eres sano de cuerpo y alma, te hallas en posesión de todos los conocimientos asequibles al hombre en el aspecto concreto, y tienes todas las habilidades. Tu conducta, a semejanza de todos los seres ejemplares que te han rodeado hasta el presente, se halla fundamentada en el más alto sentido de responsabilidad y en la más limpia moralidad. Más el mundo te reserva todavía el mejor de los archivos a desentrañar: el viviente archivo del corazón humano. Ve e investiga ese libro sabio: la vida de los demás hombres que forman parte de ti mismo. Entra valientemente en la ciudad, frecuenta sus zonas luminosas y sombrías; participa de sus esperanzas y deseos. Lucha y trabaja como los demás. Búscate en tus semejantes, y siempre hallarás material propicio para tu propia edificación. Por cosas repugnantes que veas, piensa siempre que en todos los seres habita la divinidad, Trata, pues, de comprenderlos, de amarlos, de ayudarlos en una forma que no lo parezca. Así te irás comprendiendo más a ti mismo, entrarás en posesión de mayor saber y vendrá un día en que muchas experiencias inéditas te serán colmadas. Entonces, cuando tu recobrado corazón te lo pida, vuelve al Templo, tu morada, hijo mío. Y muchas puertas que ahora te son vedadas, se te abrirán, y muchas respuestas que te son negadas, se te revelarán.

Antes de penetrar en el interior del Templo, levantó Hermes los ojos llenos de lágrimas al sol alado que ornaba el dintel. Luego miró al Hierofante y dijo con voz temblorosa:

— Cumpliré tu deseo; recordaré tus recomendaciones. Seré digno de ti. ¡Qué tu pensamiento me acompañe!

La actitud y la estampa del muchacho abrieron de pronto una brecha en la memoria del anciano sacerdote. Vio de nuevo proyectada allí mismo, casi exacta, una escena semejante, ya lejana.

Se cerraba una etapa intermedia entre dos visiones equiparadas.

Maquinalmente, el viejo sacerdote extrajo de su dedo índice una sortija alargada, talismán de Ptah, y, colocándola en el índice derecho de Hermes

dijo, con voz velada por la emoción:

— Esta sortija no la pueden llevar más que tu padre... y tú.

Hermes agachó la cabeza y le besó la mano.

Y ambos se perdieron en la resonante penumbra del Templo.

V.- LAS PRIMERAS PRUEBAS

La Ciudad de Menfis — Tradición Milenaria — Rotundo Fracaso — Despótica Voluntad — Reyes Indignos — La Plaza del Mercado — Un Arbitrio Sin Ley — Brutal Atropello — Noble Actitud — Recuperación — Miseria del Pueblo — Por la Orilla del Río — Aguda Queja — El Auriga Derribado — Cura Preventiva — Matriarcado — El Joven Kufu — Halagos y Diversiones — Despedida — ¡Hijo mío! — La Llamada — Sed Felices — Retorno al Templo.

Un poco al sur del Delta, en la orilla occidental del Nilo, se extendía la rica y populosa ciudad de Menfis, capital del primero de los siete nomos o regiones en que se dividía el país de Egipto, morada a la sazón del último de los Faraones de la tercera dinastía.

Hacía tiempo que el poder político de los reyes prevalecía sobre el ascendiente religioso en todo el vasto y antiguo país, desde la alta Nubia sometida, hasta las mismas bocas bajas del río y a ambos límites del mar.

Sin embargo, y merced al influjo de una tradición más que milenaria, los monarcas egipcios querían mantener bien sujetas las riendas de ambos poderes: el civil y el religioso. Pero al desconectarse moralmente los últimos monarcas, de la auténtica autoridad religiosa, habían ido degenerando poco a poco hasta convertirse en déspotas del pueblo que gobernaban. Ya que la desmedida ambición de riqueza, obstruye la sensibilidad y la conexión de los monarcas con la voluntad divina que sobre todos impera sin ostentaciones. Pero ese fragmentario y despótico ejercicio del poder, pretendía ejercerlo el Faraón reinante con el beneplácito de las jerarquías religiosas, al igual que lo ejercieran los antiguos reyes divinos. Y para justificarlo, querían seguir ostentando la dignidad de altos Iniciados en los Misterios.

Esa trasgresión de la verdadera dignidad sacerdotal había suscitado conflictos intestinos entre la monarquía y el cuerpo de sacerdotes, cuando la conducta de ciertos monarcas se revelaba contraria a la moral de los principios religiosos.

Muchos Hierofantes, amantes de la buena ley, se habían manifestado en contra de ese estado de cosas y se habían negado a que los Faraones siguieran

ostentando emblemas y dignidades que no les pertenecían, corroyendo de esa forma, de manera arbitraria, la más pura tradición de Egipto.

Pero esa actitud había costado cara a más de un Sumo Sacerdote, representación legítima del dios solar, y a toda su comunidad religiosa.

El Hierofante de Ptah de fines de la tercera dinastía faraónica, era uno de ellos.

Antes de la ascensión al trono del Faraón reinante, había presidido las pruebas reglamentarias a que debía someterse el pretendiente a Iniciado antes de asumir la dignidad real como encarnación viviente del “Poder del dios solar” con que se le designaba.

Y sabía el Hierofante que el Faraón, a pesar de su afán de ostentar el título de Iniciado en los Misterios, había fracasado rotundamente ya en las primeras pruebas.

Sin embargo, la despótica voluntad soberana se impuso, y al serle negados por el Sumo Sacerdote los sagrados atributos, los arrebató a la fuerza bajo cruentas amenazas y se proclamó a sí mismo: “Faraón regente por la voluntad divina”.

Los labios prudentes del Hierofante de Ptah sellaron con el silencio toda legítima protesta, en bien del país y de la comunidad, confiando en la directa y tácita intervención divina cuando la hora fuera llegada.

Al consultar la palabra de los astros al respecto, la esperanza en el inmediato futuro iluminó su espíritu y le reafirmó la confianza. Se acercaban los tiempos en que la sabiduría y el poder que iluminaron a Egipto a través de los antiguos Templos, prevalecerían otra vez sobre el esporádico gobierno de aquellas menguadas generaciones de reyes indignos de su sitial divino, que habían perdido por su ignorancia, su codicia y su crueldad, la investidura que a la auténtica realeza correspondía.

Hermes apareció por la mañana, a la hora del mercado, en la gran plaza porticada de Menfis, corazón bullicioso de la ciudad, y deambuló un buen rato bajo los recios soportales de granito.

Toda la plaza se hallaba a la sazón abarrotada de compradores y de vendedores que ofrecían a voces sus mercancías al público desde sus tenderetes transportables, sobre mantas tendidas o en cofres y canastos repletos.

En el centro de dicha plaza había un pequeño estanque de pórfido bordeado de lirios en flor que alimentaba un estrecho canal del Nilo. Una fuente lo presidía, constituida por una piedra pulimentada de cima semiesférica, con varias bocas bajas de cobre, de las que manaban sendos

chorros de agua.

Multitud de chiquillos chapoteaban descalzos en el estanque en aquella tibia mañana de primavera. De vez en cuando, las palomas y los gansos se aproximaban, bebían y se deslizaban por la superficie del estanque o bien se perdían entre los cañaverales tiernos del regato que lo nutría.

Hermes se abrió paso entre la multitud vociferante y afanada y contempló un buen rato la idílica escena. Luego tendió sus dos manos hasta uno de los chorros, y agachado entre la chiquillería, en su hueco bebió afanosamente.

Esto llenó su corazón de gozo. Aquella multitud hormigueante que sin cesar transitaba, los pregones de los vendedores lejanos y cercanos, los trajes multicolores, la abundancia de frutas y verduras expuestas allí a montones, los tarros de miel de Arabia, las tortas de maíz, los panes de trigo o de centeno, las semillas húmedas y hinchidas, las ristras de quesos tiernos, las canastas de huevos, las alambradas tendidas de pescado seco o fresco, las medidas de arroz, los agudos pregones sostenidos aquí y allá como un ritual profano, todo ese espectáculo insólito y amable, era para Hermes como una modalidad nueva e ignorada de la vida de la ciudad.

Deambuló a sus anchas por las calles adyacentes, ávido del espectáculo, de luz y de vitalidad que a su vista se ofrecía. Desembocó de nuevo en la plaza y se sentó sobre la recia base de una de las columnas que sostenían los soportales, junto a una joven vendedora de abanicos de palma coloreada y de perfumes a granel.

Desde allí se divisaba un amplio ámbito del mercado común. Permaneció sentado un buen rato contemplando a la bullanguera multitud.

De pronto, cortó el aire rumoreante y apacible, el son agudo de una trompeta.

Como por encanto, aquella humanidad vociferante guardó silencio, como obedeciendo a una consigna.

Abriéndose paso a empujones entre el gentío, aparecieron en el centro de la plaza varios nomarcas del nomo menfita, agentes del fisco del Faraón, precedidos por los guardias reales armados.

Iban a cobrar los crecidos impuestos a los vendedores, un arbitrio sin ley que agobiaba a las humildes gentes.

A los que no podían pagar al contado el precio exigido, por el fisco real, les incautaban las mercancías. No valían en contra las súplicas ni las quejas. Si alguien osaba rebelarse, le castigaban los guardias al instante, duramente.

Luego, en los carros reales arrastrados por bueyes o en las alforjas de

los asnillos que formaban recua, se amontonaba la flor de los productos usurpados, camino de Palacio.

En un rincón cercano de la plaza, resguardada por un toldo de estera verde, exhibía una pobre anciana unos cestos de huevos y unos tarros de frutas en arroje.

Los nomarcas se le aproximaron y exigieron a la buena mujer con malos modos el pago del impuesto. La mujer, presa del pánico, hurgó con mano temblorosa el menguado zurrón donde guardaba las monedas. No alcanzaban la suma exigida.

Entonces, los nomarcas le arrebataron las exiguas monedas de las manos y, como complemento, la cesta de los huevos.

La anciana se puso a gritar y a forcejear, defendiendo sus productos, protestando por aquel vandalismo sin entrañas, sin soltar su cesta.

Los guardias hicieron entonces uso del látigo contra la pobre anciana quien, entre golpes y forcejeos, cayó al suelo, derribando los tarros de confituras y arrastrando consigo la cesta de huevos que se estrellaron contra el suelo.

La gente se amotinó en torno, vociferando indignada e insultando a los agentes y a los guardias. Estos arremetieron contra la multitud.

Hermes, que presencié toda la escena y experimentó todo el dolor y la protesta suscitados por aquel brutal atropello, sintió los quejidos de la pobre anciana como si brotaran de su propio pecho. Vio el odio y la tristeza dibujarse en los semblantes de aquellas pobres gentes atropelladas que trabajaban desde el alba a la noche, sin comer apenas, vistiendo pobremente, para alimentar el lujo de los vagos y la codicia de los gobernantes.

Movido de indignación y de conmiseración por la anciana golpeada, robada y derribada, que gemía desgarradoramente, se adelantó y trató de levantarla en tanto le prodigaba palabras de consuelo.

Al verlo, uno de los guardias sacudió sobre las espaldas del noble joven, duramente, el látigo de cuero mudado hasta hacerle brotar sangre.

No se inmutó. Sosteniendo a la anciana con sus vigorosos brazos, se abrió paso entre el grupo de gente que se había formado en torno, y trató de apartarla de aquella malhadada escena. Pero la sangre manaba a borbotones de su carne lacerada y se sintió tambalear.

Próximo a caerse con su dolida carga, notó que unos brazos le sostenían al tiempo que perdía el conocimiento.

Cuando volvió en sí, se encontró tendido boca abajo sobre una mugrienta estera, en un mísero figón del barrio más pobre de la ciudad. Un

hombre vendaba, después de aplicar unos unguentos en las heridas, su espalda lastimada, en tanto que una mujer de expresión bondadosa aproximaba a sus labios una vasija de espesa cerveza de mijo de Nubia.

— Bebe, muchacho — le dijo, al ver que abría los ojos, la mujer del figonero — Bebe. Esto te reanimará. Tranquilízate. Mi marido conoce los mejores remedios para las heridas. Pronto sanarás.

Hermes bebió y dio las gracias. Con mucha dificultad se puso en pie. La espalda y el cuerpo todo, le dolían terriblemente.

Durante tres días fue huésped de aquella hospitalaria gente.

Cuando, ya más repuesto, trató de pagar de su peculio los gastos ocasionados, rechazaron la oferta, diciendo:

— Eres noble, y amas a los pobres. ¡Qué “los dioses aumenten tu buen corazón!”. Sigue tu camino en paz.

Hermes se despidió agradecido y prosiguió sus andanzas. Atravesó aquella insalubre barriada habitada por obreros, labradores y pescadores, muchos de ellos sin trabajo en aquella época del año. El hambre imperaba en la mayoría de las míseras viviendas. Enorme cantidad de niños, flacos y desnudos, exponían las pústulas de su piel al sol, entornando los ojos enrojecidos. La conjuntivitis, ocasionada por el polvo del desierto, la ardiente luz y la falta de alimentos, hacían estragos entre aquella promiscuidad de gente enferma y hacinada.

Los viejos, puestos en cuclillas y arrimados a los árboles o a las paredes de las chozas, pasaban gran parte del tiempo contemplando, con una expresión invariable de tristeza y de sumisión resignada, el valle del Nilo, hacia el sur, de donde venían las pródigas crecidas, y con ellas, el trabajo y el pan.

Más allá, en una barriada aparte, grupos de mujeres de todas las edades, en su mayoría jóvenes, pero ajadas por el vicio en el que hallaban el menguado sustento de sus familias, se exhibían semidesnudas y pintarrajeadas con los ojos ribeteados de carbón y el pelo aceitoso teñido de azul.

Más hacia el norte, siguiendo la misma vereda, unos pobres pescadores que tenían sus chavolas en la misma orilla, izaban, del exiguo fondo del río, la red vacía.

Hermes sabía ya lo que era la crueldad, el dolor, el hambre, el vicio y la miseria del mundo. Su gran corazón piadoso trataba de inquirir el por qué de aquel tremendo pecado de la sociedad, la causa de tanta injusticia. Meditó de pie largo rato, en su anónima soledad distante, mirando las aguas deslizarse lentísimas. Todo lo simbolizaba el Nilo: el bien y el mal, la abundancia y la penuria, la sabiduría y la ignorancia, el curso de la historia, el acicate de la

evolución de las almas... Comenzó a comprender.

Reemprendió el camino siguiendo la dirección contraria, remontando la corriente del río.

Anduvo un buen rato rozando la orilla y vio a su derecha la masa rumoreante y verde de un bosque de palmeras.

A su sombra halló el frescor que deseaba. Deambuló al azar bajo los árboles de cimbreantes copas y halló sendas cuidadas, bordeadas por pequeños canales en cuyas márgenes crecían flores.

Soplaba allí una brisa refrigerante y aromada y Hermes se tendió sobre el césped y se bañó en el agua limpia de uno de aquellos canales.

Sin embargo hacía todo aquello con el alma como evadida, casi indiferente al paisaje, a la hora y a la circunstancia que vivía. Su mente se hallaba absorta, meditando en las recientes experiencias.

“La vida es la gran Maestra” le había dicho el Hierofante. “Aprende de ella”. Estas palabras tuvieron la virtud de avivar sus recuerdos, como si desde aquel momento formaran parte de su ser.

Rehuyó las oleadas de indignación y de protesta, de ansias vivas de reparación que le asaltaron poco antes.

Sentía que su misión era otra. Que, de momento, tenía sólo “que vivir y comprender”.

Todo formaba parte de sí mismo: el pecado y la virtud, el gozo y el dolor, la injusticia y el afán de remediarla. El mismo era la causa y el efecto, y, acaso, su unión colmada en una posible armonía, en una superación de aquellos mismos repetidos elementos contrarios que constituían la trama de la vida externa. La solución era el conocimiento.

Y, siguiendo los consejos de su protector y maestro, se dispuso a aprender, a observar, a leer en el libro de la vida.

Se levantó, dispuesto a seguir el sendero externo y el interno, requiriendo con afán las nuevas experiencias que le reservaba el mundo.

Tomó la cuidada senda bordeada de palmerales, por la cuneta que marginaba el canal de riego. Pronto, oyó tras de sí el trote y los cascabeleos de caballos. Volvió la cabeza.

Por el mismo sendero se acercaba, veloz, un carro ligero tirado por dos caballos de erizadas crines y adornados con gualdrapas multicolores.

Hermes se hizo más a un lado para dejar libre paso al auriga.

Como una exhalación, casi rozándolo, pasó un lujoso carro guiado por un joven que iba de pie, elegantemente ataviado.

No bien acabó Hermes de advertirlo, cuando carro y conductor

desaparecieron entre la densa nube de polvo que el trote de los caballos levantaba.

Pero a los pocos instantes oyó un grito que más parecía aguda queja. A pocos pasos de allí, algún obstáculo había hecho saltar una rueda del carro que volcó sobre el infortunado conductor, quien opreso de una pierna por la otra rueda, era arrastrado por el tiro en marcha sobre la polvorienta carretera.

Corrió Hermes con ágiles piernas detrás del maltrecho carro, dando voces para que pararan los caballos. Estos, desembridados y a la deriva, frenaron el trote, obedeciendo a un certero instinto.



Corrió Hermes detrás del maltrecho carro, dando voces...

Hermes los alcanzó, paró las caballerías y extrajo, casi exánime de debajo del carro destrozado, al joven y elegante auriga.

Lo dejó tendido sobre la hierba a la vera del camino y examinó el cuerpo contusionado y lleno de heridas. Tenía el tobillo izquierdo roto.

Desgarró Hermes un extremo de su traje y, mojándolo en el agua del estrecho canal, lavó las heridas y humedeció la frente del joven para reanimarlo.

Cuando lo hubo logrado, lo ayudó a levantarse, pero el dolor de la pierna rota privó al joven de tenerse en pie. Entonces colocó un brazo del herido en torno a su cuello, lo sujetó fuertemente por la cintura y así cojeando, lo condujo hasta el caballo más próximo quien, obedeciendo la voz del amo,

se dejó montar dócilmente por el malhadado auriga con la ayuda solícita de Hermes. Luego libres de los arreos del carro, tomó éste por la brida a ambos caballos y así llegaron poco a poco hasta la residencia palaciega del joven caballero.

Ya en manos de sus familiares y servidores, hizo Hermes ademán de despedirse.

Pero la madre de Kufú, que era una hermosa menfita, alta y esbelta y que poseía gran encanto y dignidad personales, le rogó que se quedara en su casa para acompañar al herido, ya que había demostrado tanta dedicación e interés en su salvamento.

En aquellos primitivos tiempos, imperaba en las costumbres egipcias la ley del matriarcado. O sea, que la mujer regenteaba el hogar y tenía la máxima autoridad sobre el marido y los hijos. Ella administraba los intereses familiares y en la sociedad era atendida y respetada como primera ciudadana en derechos.

Accedió Hermes por fin a tanto ruego, y aprovechó entonces la coyuntura para ofrecer sus funciones de sanador, una ciencia que tan a fondo conocía.

Aplicó al enfermo y a sus heridas el tratamiento curativo adecuado, de acuerdo con sus estudios de terapéutica que aprendiera entre los sabios sacerdotes de Ptah. Desinfectó, curó, entablilló y vendó cuidadosamente la pierna rota, ordenó la forma del lecho, preparó las hierbas sanadoras y se las administró a sus horas.

El Joven Kufú era de noble familia, emparentada con la del viejo Faraón reinante, Snefru.

Agradecido por los múltiples providenciales beneficios que había recibido de Hermes, se fue encariñando con él. Culto y delicado, el noble joven quedó pronto prendado de las dotes de carácter, del saber y de la cortesía de su nuevo compañero, así como de sus habilidades.

Al finalizar la siguiente luna, se hallaba Kufú totalmente restablecido.

La compañía de Hermes había sido para su alma una medicina, más efectiva aún, que aquellas que con tanto acierto le propinó para sanar su cuerpo. Y con ánimo de recompensar su valeroso acto, sus curaciones y sus atentos servicios, le invitó a una regia cacería por el Sur del país, cosa que declinó Hermes, dado su amor y respeto por los animales, así como por todos los seres vivientes.

Entonces lo invitó a permanecer una temporada en su palacio y a participar de su fastuosa vida de príncipe. A tal efecto, le rogó aceptara unos

lujosos atavíos y valiosas joyas que Hermes tampoco aceptó, alegando su condición religiosa y su actitud de renuncia para sí, de los bienes materiales.

Hizo el agradecido príncipe que tomara parte en los juegos que periódicamente organizaba con otros nobles jóvenes, en los jardines de su residencia.

En ellos, puso de manifiesto, con la admiración y asombro de sus compañeros, su fuerza, su destreza y su resistencia. Pero el ejercicio de tales cualidades no significaba en él el menor asomo de emulación ni de competencia. Por ello, renunció a los bien ganados premios.

Para un final de fiesta y en su honor, aprestaron una hermosa falúa de curvos cabos en cuyas proa y popa aparecían unos ibis de cabeza negra y pecho rojizo, con las alas tendidas.

En esa embarcación navegaron aguas arriba varios días hasta alcanzar una zona de lagos en que el Nilo se ensancha por la afluencia del río Teb, que separa las tierras ricas de las gentes rojas, de las de piel oscura.

En los lagos y en las pequeñas islas que formaban, idílicas y umbrosas como oasis, permanecieron varios días de reconfortante reposo y contemplación de las innumerables bellezas de aquella elevada región del país.

De retorno decidieron visitar, más allá de las llanuras bajas de Fayum, el gran Lago Moeris, que servía de embalse al agua del Nilo y que regaba, en los meses de sequía, una considerable extensión de tierras cultivables hasta los límites del Muro Blanco, junto al Desierto Líbico.

Allí contemplaron los jóvenes, admirados, el complicado juego de las esclusas, la red de los diversos canalillos de riego y el gran canal que lo alimentaba con las aguas subidas del Nilo.

Gozaron bañándose en las limpias aguas del Lago, se adornaron con sus flores y sus algas y lo navegaron cabalgando en grandes odres de piel soplada.

Y retornaron contentos a la principesca mansión, donde les esperaban para agasajarles, todos los refinamientos y los placeres de un fastuoso hogar. A manera de plácida y provechosa convivencia, ofreció Kufú a su compañero y bienhechor que permaneciera con él y con alguno de sus compañeros, en fraternal promiscuidad de gozos y de ideales.

A tal efecto, procuró que las más hermosas mujeres egipcias, asirias, árabes y de la alta Nubia, amenizaran su estancia, con los mejores arpistas eunucos y las danzarinas de Menfis.

Aunque no era aquel medio de su predilección, no rechazó Hermes, acobardado, la convivencia y las tentaciones que ofrecía aquel medio y aquella morada lujosa llena de encantos, de perfumes y de voluptuosidades.

Pasó allí una temporada provechosa, siempre en actitud de espectador, sin perder el dominio de los sentidos, la pureza de pensamiento ni la rectitud de conducta.

Nada le atraía para su propio solaz. Sus goces eran de tipo superior. Dejaba a un lado los refinados manjares, los licores de Arabia, los vinos rosados de Siria, tan embriagadores; la cerveza caliente y aromada del Sur, y la rubia, endulzada con miel de la Libia del Norte. Él prefería el agua del Nilo, fresca y riquísima, filtrada en las arcillas rojas, y saciaba el hambre con un sencillo yantar que bastara a sus necesidades.

Nunca contempló con codicia ni sensualidad a las bellísimas mujeres que le ofreciera el noble Kufú, sino que las consideraba, admirado de su variada perfección, como compañeras a las que debía amistad y al propio tiempo, agradecimiento por su dádiva constante de belleza. Y en silencio, alababa al creador de tanta hermosura y experimentaba una profunda emoción a su vista y una honda alegría en su corazón. Y desde el fondo purísimo de su alma las reverenciaba.

Poco a poco, el trato, el ejemplo de su virtud y su vasta y profunda cultura, así como su benéfico magnetismo personal, ganaron un gran ascendiente sobre la voluntad de Kufú. Y la más acendrada amistad unió para siempre sus vidas.

Ambos eran jóvenes, hermosos, sanos de cuerpo y alma. A pesar de sus distintos temperamentos y aspiraciones, se comprendían mutuamente.

Kufú era el más beneficiado de esta amistad. Al lado de Hermes experimentaba una beatitud, un secreto anhelo de mejoramiento, un amparo espiritual y una admiración hacia él que de manera insensible iba haciendo mella en su naturaleza. Sus enseñanzas, sus diálogos, le enriquecían la mente; su proximidad purificaba su corazón y estimulaba las potencialidades de su espíritu.

Y sentía que su vida iba haciéndose, insensiblemente, menos superficial. Se inclinaba cada vez más al estudio. Se interesaba más por las personas que lo rodeaban y especialmente, por la gente del pueblo, sufrida y doliente. Y anhelaba en su corazón mayor justicia y sabiduría en la forma de gobierno del país, y la necesidad de dotar a aquellos seres de mejores condiciones de vida, y de más asequibles medios de emancipación y cultura.

Con creciente ahínco, se consagraba al estudio de las leyes, a la historia de las sabias regencias de las dinastías antepasadas, a las reglas de conducta y sabiduría que rigieron la vida de aquellos iluminados regios gobernantes que hicieron la grandeza y el prestigio de Egipto.

Pero los notorios beneficios de aquella íntima relación amistosa entre Kufú y Hermes, no podían detener por más tiempo la trayectoria experimental de este último. Algo le acuciaba interiormente a proseguir su camino.

Un buen día, se despidió de su generoso anfitrión y excelente compañero.

Hermes deseaba vivamente conocer las esferas intelectuales y cultas del nomo de Menfis y especialmente, de la ciudad. Pensaba así enriquecer sus conocimientos en todas las facetas de la existencia y las actividades más nobles del país y volver luego al Templo, culminadas las experiencias de los hombres y del mundo.

Kufú comprendió las razones de su amigo y al tiempo de despedirle le dio una recomendación para el escriba más reconocido entre todos los que constituían el famoso gremio de Menfis, por su talento, su erudición, y su conocimiento de las lenguas del mundo antiguo.

En medio de un amplio departamento donde trabajaban a sus órdenes gran cantidad de escribas de todas las edades, consagrados a la escritura de documentos legales y a la copia de textos valiosos, el escriba mayor al que iba recomendado, recibió a Hermes, sentado, sin apartar siquiera de sus piernas entrecruzadas, los rollos de papiro que iluminaba y grababa.

Al verlo tan joven y sencillamente vestido, ni siquiera soltó de la mano punzones y pinceles, le miró varias veces de soslayo, y sonreía irónicamente al considerar los elogios que del joven visitante le había hecho el padre de Kufú.

Hermes, a su vez, observaba al infatuado escriba. Pero su mirada era noble y directa. Sin embargo, su intuición, su sensibilidad y su agudeza mental, le daban la clave inmediata de la tesitura de un alma. En aquel momento descubría una faceta incógnita todavía para él: la del hombre egocéntrico y ensorbecido en el que el conocimiento verdadero no precede a la erudición y al saber aprendido. Y se afirmó en la idea de que el primer requisito de la verdadera sabiduría es la humildad.

Prosiguió su camino.

Transcurría a la sazón la más calurosa lunación del verano.

El vaho de las arenas recalentadas del Desierto Líbico, impregnaba de una atmósfera ardiente, bochornosa, a menudo irrespirable, todo el valle del Nilo próximo al Delta.

Por los alrededores se extendían en despoblado, por la parte oeste, los vastos hornos y los talleres de ladrillos y de alfarería. Más allá, en solares llanos y dilatadísimos, se cocían naturalmente al sol quemante de aquellos días, los ladrillos ordinarios de adobe, hechos de arcilla nilótica y de arena

cribada del desierto.

La refracción, de un rojo vivísimo, de aquellas extensiones de masa laborada, hería tenazmente las pupilas. Los pobres obreros desnudos y sudorosos, aparecían allí, sin excepción, con los ojos enrojecidos, y congestionados. Nada podía substraerse al tirano imperio del color flamígero de la tierra: la piel, los ojos, el sudor, el leve indumento de las gentes.

Recorrió Hermes aquellas extensiones consagradas a material de adorno y construcción, se interesó por los trabajos y la vida de los obreros, y atenuó cuanto pudo, con su intervención, los severos castigos de los capataces.

Su alma se llenó de compasión por aquellas auténticas manadas de seres esclavos que trabajaban de sol a sol, a cambio de una menguada ración de arroz, de pan de centeno y de pescado salado.

Decidió luego conocer el barrio inmediato donde se alojaba el importante gremio de los constructores, tan vasto y floreciente en todo el país de Egipto y que comprendía a un gran número de artesanos de oficios complementarios, además de las profesiones nobles; desde los arquitectos, decoradores y lapidarios, hasta los grabadores, carpinteros, forjadores de metales, pintores, esmaltadores y albañiles. Por el lado opuesto, este barrio lindaba con el más céntrico y lujoso de los orfebres, plateros, joyeros, tallistas de piedras finas y fundidores.

Estos barrios se hallaban circundados por acacias de hoja finísima, palmeras y grandes matas de helechos. Las adelfas de distintos colores, menudeaban en torno a los breves canales de conducción del agua del río. El verdor resistente de esas plantas vivaces, atenuaba el estrago de las recias solanas de descampado en tiempos de sequía.

En aquella zona, los pozos de bajo pretil, cubiertos por una gran piedra cuadrada o semiesférica, mantenían todavía las escasas reservas de agua fresca de su fondo, librándolas de insectos y parásitos. Tales pozos eran visitados a todas horas por una apiñada vecindad de mujeres y de niños provistos de sendas cántaras de alfarería.

Después de muchas horas de trabajo, en las que ayudaba voluntariamente a técnicos y a obreros en sus diferentes oficios, merced a sus conocimientos teóricos y prácticos, se dirigió Hermes, agobiado por la sed, a un pozo cercano donde una apiñada multitud esperaba su turno para la extracción del agua, bajo la sombra de los palmerales.

Una hermosa mujer, ya madura, tocada con un breve manto amarillo de orlas purpúreas ceñido a la frente con un aro dorado, sacaba trabajosamente, atada a la sogá chorreante, una panzuda cántara del pozo.

Hermes se adelantó presuroso y ayudó a la mujer tomando la carga de sus manos. Con sus nervudos brazos, ascendió con rapidez el pesado recipiente y lo apoyó sobre el brocal en tanto pedía a su dueña permiso para beber en él.

Con el beneplácito de la bella aguadora, bebió Hermes afanosamente.

Cuando hubo el mozo calmado su sed, hizo además la mujer de cargar su cántara, pero Hermes se adelantó y con ambas manos la colocó sobre sus anchos hombros ofreciéndose a llevarla hasta la morada, allí cercana, de la dama. Y así anduvieron los dos, uno al lado del otro.

De vez en cuando, ella lo miraba de soslayo con sus grandes y hermosos ojos almendrados y hallaba especial complacencia contemplando el noble semblante sudoroso de Hermes y su recia estampa de adolescente que frisaba ya la hombría.

— ¿Quién eres, amable joven? — Decidió a preguntarle, por fin — No pareces un obrero, ni tampoco un vagabundo sin hogar. ¿Eres acaso un noble egipcio llegado de otro nomo con alguna libre finalidad, aficionado a los oficios de este barrio menfita?. ¿O eres extranjero?.

Hermes respondió simplemente:

— Me ha traído aquí el ansia de mayor saber.

— Esta es nuestra casa — dijo la dama al llegar al umbral de una confortable vivienda situada en una avenida de jóvenes y cimbreantes palmeras — Mi marido es arquitecto y tiene aquí importantes talleres de planeamiento y construcción.

Ambos se detuvieron y se contemplaron.

En aquel momento apareció en la puerta un hombre alto y de distinguido porte, de canosa cabellera y barba de pulcro afeitado a la usanza egipcia. Salía con intención de ayudar a su esposa, como tenía por costumbre, a descargar la cántara de agua, cuando se halló cara a cara con Hermes.

El arquitecto hizo además entonces de ayudar al complaciente mozo y tendió hacia él la mano para coger el ánfora al tiempo que Hermes la bajaba de sus hombros para depositarla sobre la grada del umbral.

Sus manos se encontraron...

La mujer no pudo reprimir entonces un grito de sorpresa.

Inmediatamente, con un gesto instintivo, casi delirante, cogió entre las suyas las dos manos enlazadas del esposo y del joven forastero y las acercó a su corazón. Bajó los ojos, apretando los húmedos párpados, y con el seno palpitante murmuró:

— Gracias, Dios todopoderoso.

Sin proferir palabra, asombrados y perplejos, los dos hombres se miraban y miraban, intermitentemente, las sortijas gemelas de sus dedos.

Al cabo de un rato, el arquitecto, sonriendo con emoción, oprimió entre las suyas la mano de Hermes, en tanto, que en la mente de este último resonaban, como por ensalmo, aquellas últimas palabras pronunciadas por el Hierofante en su despedida del Templo: “Esta sortija no la pueden llevar más que tu padre... y tú”.

— ¡La sortija de mi padre! — balbuceó en voz baja, como un eco de aquel recuerdo, en tanto contemplaba fijamente la joya en la mano de su progenitor.

La mujer se echó en sus brazos, riendo y llorando, en tanto repetía con voz entrecortada:

— ¡Hijo mío!. ¡Hijo mío!.

Ambos esposos atrajeron al interior de su morada al hijo recién hallado.

El padre, le dijo entonces:

— El dios Ptah te ha conducido hasta aquí.

— Su templo es mi morada — respondió Hermes — Pero en este providencial encuentro, veo su sabiduría.

— ¿Cual es tu nombre?.

— Thot-Hermes, hijo de Osiris, el Sol Nocturno.

La esposa cubrió el semblante con ambas manos y trato de reprimir sus sollozos. El padre la ciñó por el talle y la atrajo hacia si en tanto la miraba con una bondad y una comprensión infinitas.

— Querida mía — díjole con emocionada voz — ya sabes que nunca nos ha pertenecido. Tú y yo le dimos sólo, por la voluntad divina, la envoltura carnal. Supimos que los astros anunciaban para nuestro hijo una superior misión. Restituimos al dios su dádiva. Estamos en paz... — Se volvió hacia Hermes y añadió — Si éste es tu destino y si así lo deseas, sigue tu camino, hijo mío. Tus padres no se interpondrán nunca en él. Pero sabe siempre que ésta también es tu morada.

Hermes agradeció de todo corazón el feliz encuentro y la generosa oferta y permaneció unos felices días con los que le dieron el ser material.

En el decurso de esta breve permanencia en la casa de sus progenitores, ayudó a su padre en sus tareas arquitectónicas, le sugirió proyectos, le resolvió a la perfección, amparado en sus vastos conocimientos matemáticos, difíciles problemas de construcción y observó con alegría que su padre era un aventajado técnico y un hábil constructor y que le adornaban múltiples cualidades personales. Advirtió sobre todo su humildad y su auténtico

sentimiento religioso y se sintió orgulloso de él.

Este supo valorar por su parte los méritos visibles que adornaban a su hijo y presintió en su expresión el futuro que le tenían reservado los dioses-astros que regulaban el porvenir de los hombres y del mundo, y supo colocar, sobre sus propios anhelos personales, el dictamen de lo superior sobre lo que en verdad no le pertenecía, puesto que había hecho un tiempo renuncia, ante el dios Ptah, del ser más caro a su corazón.

La madre, en cambio, llevada, por su amor, adoraba al hijo noche y día, y presentía que ya le sería difícil renunciar a él después del providencial reencuentro.

Por su parte, Hermes experimentaba con inefable complacencia el influjo de aquellos dulces lazos y todo su ser se iba sintiendo, poco a poco, opreso y subyugado. En él tuvo lugar una silente lucha interior. ¿Qué camino tomar?

Una noche, soñó que el Hierofante entraba en su habitación, y le decía:

— Tu padre te espera en la mansión de Ptah. Tus experiencias mundanas están cumplidas. Ha sonado la hora de tu retorno. Va a comenzar en breve tu verdadera misión...

Despertó con la firme decisión de volver al Templo. Faltaba de él cuatro lunas y había aprendido, en su decurso, muchas cosas.

Se dirigió a sus padres, reafirmados ya en una tranquila aunque melancólica actitud de conformidad, y les dijo:

— Padres míos, he de volver al Templo. El dios Ptah reclama allí mi presencia. Tenga yo la virtud de separarme dulcemente de vosotros y de bendeciros en su nombre. Os llevaré siempre en mi corazón. Y con frecuencia vendré a vosotros. ¡Sed felices!

Dichas estas palabras, los abrazó con ternura y salió precipitadamente de la morada paterna.

Y en tanto se dirigía al Templo, tenía el íntimo convencimiento de que, al superar la prueba de aquel tentador retenimiento en la casa de sus padres, hallados de tan providencial manera, había superado la más sutil y difícil de las experiencias a que había estado, en aquel período, sometido.

VI.- LOS MISTERIOS DE OSIRIS

La Sagrada Congregación — “Estoy Dispuesto” — La Venda — “Invoca a tu Guía Divino” — Extraño Acompañante — El Monstruo — Cinocéfalos — Seres Rampantes — Aves Agoreras — Lúgubre Procesión — El Friso — “Vas Hacia la Muerte” — Ante la Momia — Síntomas de Asfixia — Pruebas de los Elementos — La Gruta — Seres Elementales — Otra Vez Anubis — “Sube y Llama”.

Fuiste sensible a mi llamada — dijo, al ver de nuevo a su hijo adoptivo, el gran Hierofante —. Ello prueba que las experiencias mundanas no han obturado tus despiertos sentidos superiores. Por el contrario, tu alma alerta, consciente de su alta trayectoria, los ha abierto todavía más a la realidad. Tal era el objetivo de esta etapa vivida fuera del Templo y de la comunidad. ¡Sé, pues, bienvenido de nuevo en la mansión del dios!.

Todos los miembros de la sagrada congregación se sumaron al regocijo del Hierofante, porque todos amaban a Hermes y en él tenían puestas sus esperanzas.

Poco tiempo después, desde la terraza superior del Templo, se veían correr, desbordadas, las aguas del Nilo en su mayor crecida, prometiendo espléndida cosecha.

Al mismo tiempo, en el interior del Santuario, se preparaban las fiestas del solsticio, que eran para el pueblo como la promesa de las siembras, una vez posado el oscuro limo propicio, que la mano del dios arrastraba desde las fuentes misteriosas del Nilo, hasta las anchas riberas del Delta que fecundaba.

Más tarde, en torno ya a la recolección, tendrían lugar allí las máximas festividades religiosas, las que correspondían al “Brazo de occidente” de la gran cruz zodiacal del año que iniciaba la estación otoñal.

Entonces, el Hierofante llamó aparte a Hermes y le dijo solemnemente, mirándole con poder en el fondo de los ojos:

— Al filo del primer novilunio de otoño tienen lugar, en el subterráneo secreto del Templo, las pruebas de los Grandes Misterios. Prepárate a arrostrarlas valientemente, ya que sin ellas no podrías ostentar el título máximo de Iniciado. Si triunfas, Isis te conducirá en su barca hasta el reino de

Osiris, dador de la Luz.

— Estoy dispuesto — respondió con firmeza, Hermes.

Cerca de la media noche, cuando en el firmamento lúcido de Egipto la Madre celeste se juntaba con el Padre y la noche era oscura, alguien llamó suavemente a la puerta de la celda donde Hermes dormía.

Abrió. El sacerdote lampadóforo, con la lámpara en la mano, le llevaba la orden de que realizara sus abluciones, vistiera la túnica de blanco lino, y desprovisto en absoluto de atributos y emblemas, se presentara en la gran sala hipóstila, ante el altar del dios Ptah.

Así lo hizo el apelado.

En la inmensa aula sagrada se hallaban a la sazón reunidos y de pie, formando círculo, los más ancianos y venerables sacerdotes de la comunidad.

En medio de ellos, erguido y reconcentrado, en actitud de profunda introversión, se hallaba el gran Hierofante.

Al aparecer Hermes, abrió los ojos y le hizo seña de que se acercara. Hermes penetró entonces en el interior del círculo silencioso, y se colocó frente al Sumo Sacerdote.

Este tendió hacia él los brazos y, oprimiendo los del joven, lo atrajo hacía sí, lo miró en los ojos con todo su magnético poder, como si tratara de calar las profundidades de su alma, y le dijo por fin sentenciosamente:

— Hermes, hijo mío. El momento solemne ha llegado. ¿Estás dispuesto?.

— Sí — respondió con voz segura.

— Invoca, pues, a tu guía divino. El te conducirá — añadió el venerable anciano.

Reinó entonces un prolongado silencio en la sala.

Al cabo de un rato, sintió Hermes que, por detrás, alguien vendaba fuertemente sus ojos.

Conducido así de la mano, anduvo un buen trecho en dirección desconocida. No oía nada, no veía nada. El más absoluto vacío le rodeaba.

Por fin, una voz extraña le dijo que descendiera cuatro escalones. Después, que subiera un falso escalón. Al momento de realizar este supuesto ascenso, sintió que nadie le sostenía y que el suelo se movía bajo sus pies. Trató de mantenerse firme.

Entonces creyó percibir el quedo rumor de un remo al hendir rítmicamente el agua quieta. Sin duda, navegaba.

Esperó, en actitud impasible.

Transcurrido un buen rato, la misma voz le ordenó ascender una alta

grada. Subió. Anduvo unos pasos, y la voz le mandó ascender unos cuatro breves escalones. Unos pasos más, y sintió que descorrían la venda que cubría sus ojos. Los abrió, pero se hallaba envuelto en densas tinieblas.

La voz desconocida le dijo:

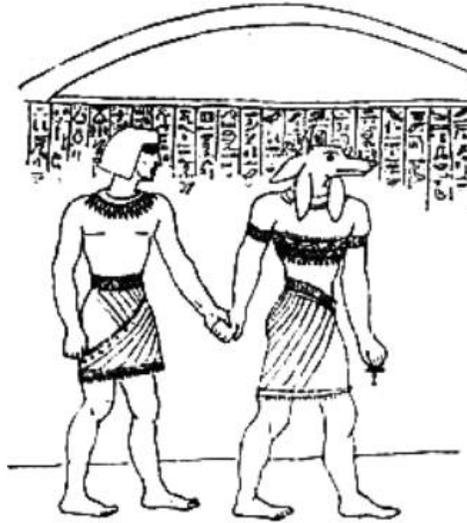
— Isis te ha conducido en su barca hasta el umbral del Amenti, el reino subterráneo de Osiris, Señor de los Misterios. Disponte ahora a entrar en él.

Su acompañante le empujó suavemente por la espalda y ambos descendieron por un angosto pasillo subterráneo cuya rampa se iba acentuando cada vez más.

Después de un buen rato de descenso a tientas, percibió Hermes al final, enmarcada por la angostura rectangular del pasillo, una vaga claridad espesa y rojiza.

Ya próxima a ella, una mano férrea le sujetó por el brazo, arrastrándolo en dilección al recinto que allí se abría.

A la leve claridad de la estancia volvió Hermes la cabeza y vio a su lado un extraño ser de figura humana y cabeza de perro, cuyos redondos y relucientes ojos le miraban fijamente.



**Vio a su lado a un extraño ser de figura humana
y cabeza de perro...**

Pero a pesar de su sorpresa, tuvo que desviar la vista de aquel peregrino acompañante, porque vio avanzar hacia él un monstruo espantoso parecido a los antiguos hipopótamos, los llamados “caballos de río” que pululaban por el alto Nilo, próximo a los Lagos de Nubia. De sus abiertas fauces monstruosas

emanaba un aliento fétido parecido a un vaho hirviente. Con las garras delanteras levantadas hacía ademán de echarse sobre el recién llegado.

Hermes no se inmutó. Se enfrentó con la bestia, seguro de sí mismo, e invocando a la divinidad, dijo para sí: “Se trata sin duda de una proyección de mí mismo. En mí, por tanto, lo tengo que vencer”. Y con la sola fuerza de su voluntad, trató de intimidar a la bestia amenazante. Hizo acopio de fuerza interior y avanzando decidido en dirección al monstruo, díjole en voz alta:

— Te reconozco. Eres la imagen del odio y de la agresividad. Te he vencido en mí mismo. Apártate.

Como por ensalmo, el tremendo hipopótamo encogió las garras, cerró las ardientes fauces y se hizo a un lado en actitud inerme y vencida.

A los pocos pasos, de unas grietas abiertas en las húmedas paredes del recinto fueron surgiendo, como por ensalmo, ante los ojos asombrados de Hermes, unos seres cinocéfalos, mitad monos y mitad personas y hacían en torno suyo muecas cómicas o espantosas, tratando sin duda de burlarse de él al adoptar extrañas actitudes y piruetas.

— Os conozco también — dijo, con voz alta y segura, Hermes — No podéis sorprenderme o engañarme. Sois la astucia, la burla, el sarcasmo, la ironía. Ya no apelo a vuestra ayuda, superé esta estrategia del mundo. No hay eco en mí de tales defectos y por esto no os temo ni os aborrezco. Dejadme libre el paso.

Como por arte de magia, los extraños simios fueron desapareciendo de su vista uno tras otro, colándose por los intersticios de las paredes.

Obedeciendo a la insinuación de su acompañante, trató de avanzar en aquel medio desagradable en el que reinaba una oscuridad rojiza y de cuyas paredes emanaba un halo de intensa humedad.

A medida que avanzaba, la oscuridad se iba intensificando paulatinamente. Ello le hacía caminar con cautela. De pronto, sus pies tropezaron contra un obstáculo. Bajó la vista y vio que zigzagueaban en torno suyo un enorme cocodrilo y varias serpientes que trataban de enroscarse a sus piernas, en tanto proferían agudos silbidos.

El joven héroe no retrocedió ni un paso al divisar aquellos repugnantes animales. Miró hacia adelante el suelo libre de tales alimañas, y dijo con imperativo acento:

— ¿Queda en mi conducta algo de rastrero y bajo?. Ya no. Vencí el servilismo, la bajeza, la astucia, el rencor. Ya nada de esto puede hallar eco en mí. Adivino vuestra lección. Imágenes rampantes, ¡marchaos!

No bien hubieron desaparecido aquellos asquerosos seres, sintió sobre

su cabeza un lúgubre batir de alas.

Levantó la vista, y en la semiobscuridad de aquel denso ambiente vio que revoloteaban en torno suyo, graznando espantosamente, bandadas de aves de rapiña. Un tremendo murciélago pasó tan cerca de él, que sintió su aletazo en la frente.

Con ambos brazos, esquivó varias veces las negras aves, resguardando su faz. Después de breve lucha, vio que aquellos hediondos bichos se iban alejando en tanto pronunciaba estas palabras en voz alta:

— Mi mente se halla libre de codicia, mi ser se halla exento ya de deseos personales. Hasta de las últimas sutiles formas engañosas del egoísmo: del secreto anhelo de posesiones espirituales para mí mismo. Porque se lo que significáis, no os temo.

Siguió avanzando, ya libre de aquellas atemorizadoras aves de pesadilla, buitres, aguiluchos, gavilanes, urracas, en tanto percibía cada vez más altos y alejados sus aletazos en la resonante obscuridad del techo de la dilatada estancia.

A medida que caminaba, no sabía si por habituación gradual a la densa semiobscuridad o bien por hallarse aquella parte del recinto más iluminada, notó que se aproximaba una alta pared que le cerraba en aquella dirección, el paso.

Al acercarse, percibió la fisura de un portalón abierto en ella y que conducía, a través de la anchura de la pared, a otro pasillo inmediato.

Volvió al punto la cabeza.

A su derecha, un poco rezagado, se hallaba, impasible, su guía de cabeza canina, que le miraba con sus redondos ojos fijos.

— Sigue adelante — le dijo.

Hermes penetró por el portal abierto al pasillo adyacente. Pero pronto notó que no estaba solo. A ambos lados, rozando las paredes, avanzaban unos en una dirección, otros en otra, dos procesiones de seres fantasmales, con la cabeza baja, cubierta con obscuro velo.

Seguido por su guía, prosiguió impasible la marcha.

¿Qué significaban aquellos seres silenciosos que deambulaban a ambos lados de aquel pasillo? — pensó Hermes.

El pasillo conducía a una cámara en forma de cuadrilátero, iluminada por una claridad lunar plateado-verdosa.

La extraña procesión de los fantasmas proseguía allí su recorrido arrimada a la pared, entrando por un lado del pasillo y saliendo por el otro.

El guía de cabeza de perro, oprimió con fuerza el brazo de Hermes y,

abriéndose paso entre aquella teoría de fantasmas silenciosos, lo introdujo por una angosta abertura de la pared de aquel extraño recinto.

Entonces tuvo que proseguir la marcha con la cabeza agachada, tan bajo era el techo del corredor que desembocaba, a los pocos pasos, en otra sala cuyas paredes formaban otro cuadrilátero, pero de menores dimensiones que el anterior.

Estaba desierta.

Pero al poco rato de permanecer allí, observó que en las paredes se hallaban, grabados y policromados, unos frisos.

Los observó con detenimiento, ya que sin duda aquel era el objeto de su detención en aquel desierto lugar.

Era, en verdad, curioso. Aquella sala representaba el índice gráfico de todas las representaciones que se habían sucedido ante él desde que le fue quitada la venda de los ojos en el umbral de aquel temible bajo mundo.

Efectivamente. Allí estaba el monstruo que guardaba la entrada del primer gran recinto y toda la sucesión de animales simbólicos que le salieran sucesivamente al paso, tratando de agredirle o de atemorizarle.

Los frisos rodeaban todo el ámbito de la salita. Y en la parte baja, siguiendo la misma dirección, las figuras veladas que constituían la procesión del pasillo y sala precedentes. Pero con una peculiaridad que llamó especialmente su atención. Esas figuras avanzaban en el friso en forma invertida, o sea, con la cabeza hacia abajo y los pies hacia arriba.

¿Representaría aquello — dijo para sí, Hermes — la refracción de las imágenes a través de la luz que hiere nuestras retinas y se proyecta en forma inversa en nuestro interior?. ¿O su significado tenía relación con esos períodos de traspaso de una a otra Era de civilización, de cuya acción cíclica, ética y espiritual tenía conocimiento, ya que todos los valores humanos aparecen entonces invertidos por efecto del caos o alteración de las fuerzas cósmicas que regulan la evolución de la humanidad?.

Buscó Hermes instintivamente una confirmación a sus lucubraciones mentales, volviendo la faz en torno. Pero su guía había desaparecido. Se hallaba a la sazón completamente solo.

Con la intensidad de las anteriores espectaculares pruebas, había perdido el mozo la noción del tiempo. No sabía cuántas horas permanecía allí, junto a las figuras policromadas de los frisos. ¿Qué requerían de él?.

— Prepárate — oyó que decía, junto a su oído, una voz cavernosa — Vas hacia la muerte.

Hermes no se inmutó. Y formuló, para afirmación propia, este

pensamiento: “Todos caminamos hacia la muerte. Pero la muerte no es más que una faceta de la Vida”.

No bien acabó de concretar esa conclusión en su mente, cuando oyó el férreo descorrer de una puerta.

Miró en la dirección de donde procedía el ruido y vio un boquete abierto en la parte baja de la pared.

— Pasa por ahí —díjole la cavernosa voz.

Miró en torno otra vez, antes de decidirse a pasar. No había más que aquella salida

Se metió, pues, por aquel oscuro agujero y se deslizó penosamente agachado, casi a gatas, un trecho regular, hasta que divisó al final del estrecho túnel descendente, una leve luz temblorosa.

Penetró en aquel ignoto recinto y la puerta se cerró ruidosamente a sus espaldas.

Se hallaba en una pequeña estancia, en todo semejante a la cámara funeraria de los hipogeos del valle superior del Muro Blanco, que él había visitado más de una vez, con motivo del sepelio de algún difunto.

Efectivamente; el difunto estaba allí, sobre el sarcófago abierto. Era de madera de sicómoro, finamente labrada y policromada.

Se aproximó a él y vio, sin miedo ni repugnancia, la espantosa momia tendida en su fondo.

La pequeña estancia cerrada hedía a aire corrompido, a cuerpo putrefacto, a esencias fuertes y a resinas de embalsamamiento.

Al cabo de un buen rato advirtió Hermes en sí mismo síntomas de desvanecimiento. Con un poderoso esfuerzo de su voluntad volvió en sí y dijo, con voz resuelta:

— No temo por mi vida. No temo por mi muerte. La muerte no es más que una transformación de la misma vida.

Y pensó: “¿Qué objetivo tendría su dilatada estancia allí?”.

No se lo explicaba.

Permaneció otro largo rato de precisión indefinida junto al sarcófago abierto, con la sola compañía del muerto. En la pequeña estancia subterránea, no había más luz que una pequeña lámpara de nafta suspendida de un brazo de hierro en lo alto de la pared.

El aire se iba haciendo cada vez más irrespirable.

Hermes observó detenidamente el lugar, palpando y detonando las paredes, tratando de descubrir algún disimulado intersticio que ocultara la salida. En vano. Los muros parecían excavados en la misma roca rojiza y

arcillosa. Sólo había, herméticamente ajustada, la puertecita de hierro por donde entró.

Se hallaba, pues, emparedado, sepultado en el mismo corazón de la tierra, lo mismo que un muerto.

Cruzó por su mente la idea de que quizá los que allí le habían conducido, se habían olvidado de él. No perdió la esperanza, sin embargo.

Por fin, decidió golpear la puerta con ambos puños, cerrados.

La percusión resonó con largos ecos por ignotas cavidades y se perdió en la lejanía.

Llamó de nuevo. Nadie acudía en su auxilio.

Experimentaba ya síntomas de asfixia.

Paseó, como un animal enjaulado, por la diminuta estancia. Se aproximó otra vez al cadáver. Esta vez le pareció que la momia sonreía.

Golpeó la puerta por tercera vez.

Al poco rato, se abrió totalmente con gran ruido.

En el umbral, inmóvil y agachado, apareció Anubis, su acompañante de faz perruna. Y le dijo:

— Has dominado el primer elemento. Puedes salir.

E hizo con la mano ademán a Hermes de que abandonara la estancia.

Salió, seguido de su guía.

Debido a la menguada altura del pasillo, se veía precisado a avanzar encorvado, casi en cuclillas. Por fin, el túnel se hizo más angosto aún y tuvo que avanzar penosamente a gatas y por fin, arrastrándose por una especie de sumidero húmedo y pegajoso.

Le era imposible volver la vista atrás. ¿Le seguiría el hombre con cabeza de perro o se encontraba otra vez solo?.

Su cuerpo se atascaba en el lodo. Pero con gran esfuerzo de voluntad, prosiguió avanzando.

De pronto sintió que el suelo cedía y cayó pesadamente en una profundidad de agua cenagosa.

Trató de nadar por aquella especie de canal subterráneo, pero a duras penas podía mantener la cabeza a flote. Así se mantuvo un rato, con heroico esfuerzo.

Entonces oyó como si a su espalda se abriera una compuerta. Notó que el agua descendía de nivel. Por fin sus pies tocaron tierra.

Respiró, libre del agobiante peligro del líquido elemento. Su alma se mantenía serena, y su moral tensa. Ni por un instante hizo presa de él el temor.

Con el agua sólo hasta los tobillos, siguió avanzando con dificultad por

aquel suelo resbaladizo. Se paró un momento para estirar sus miembros fatigados y ateridos.

A sus espaldas, una voz recia dijo:

— Has vencido el segundo elemento.

Volvió apresuradamente la cabeza, pero no descubrió a persona alguna.

Decidió proseguir la marcha penosamente, cuando notó que el suelo se hundía bajo sus pies y que su cuerpo caía en el vacío.

Tendió instintivamente los brazos y sus manos se agarraron a unas cuerdas nudadas que pendían de los toscos muros de aquel pozo invisible.

Primero se sujetó con la mano derecha, después con la izquierda. Pero su cuerpo se balanceaba en el vacío insondable, de cuyo fondo emanaban resonancias al parecer profundísimas.

Así se mantuvo un rato, pendiente sobre la sima abierta bajo sus pies. Pasaron unos instantes que se le antojaron interminables. Sin embargo, a pesar del inminente peligro de caída que le acechaba, su mente permanecía lúcida y serena.

Cuando sentía que sus fuerzas comenzaban a decaer, notó con alegría que sus pies se apoyaban en tierra firme.

— ¡Adelante! — le ordenó entonces la misteriosa voz — Lograste vencer el tercer elemento. Prosigue.

Torciendo un poco hacia la izquierda, vio Hermes que se abría misteriosamente ante él otro estrecho pasillo pero de más elevado techo.

Avanzó por él a tientas, casi a oscuras.

Por fin percibió vagamente allá en el fondo, una lumbre que parecía interponerse en su camino.

A medida que iba avanzando, esa llama crecía, llenando al fin todo el ámbito del pasillo.

Se detuvo. ¿Qué significaba aquello?. ¿Debía esperar o seguir avanzando?.

Optó por lo primero.

— ¡Avanza! — le gritó con acento imperativo, la voz.

Nuestro héroe se volvió. Tras de sí, no vio más que su propia sombra temblorosa y alargada que sobre el suelo del pasillo proyectaba el fuego.

El calor de la llama se hacía cada vez más insoportable. Pero decidió obedecer. Y cerrando los ojos, invocó con toda su fe a las fuerzas invisibles que le amparaban y avanzó impávido sobre la tremenda hoguera.

Sintió que las llamas danzaban estrechando el cerco en torno suyo.

Pero, ¡Oh milagro! no le quemaban. Notó por el contrario que el ardor

cedía.

Abrió los ojos y vio maravillado que las llamas, obedeciendo como seres vivos a algún indefinible sortilegio, se colocaban en hilera a ambos lados, abriéndole un seguro camino ardiente y tembloroso, lamiendo el aire enrarecido del lugar.

Siguió por allí con el corazón palpitante.

Pero no bien hubo andado unos pasos más, se dio cuenta de que aquel llameante pasillo desembocaba a un ancho lago de pez hirviente como fuego líquido. Se paró y observó el insólito espectáculo que ante su vista se ofrecía. En la superficie ígnea se abrían, aquí y allá, lentas burbujas como pequeños cráteres de los que emanaba un humo negro, atorbellinado y espeso.

Inmediatamente, algo interior le acució. Había recibido la orden de seguir adelante y debía obedecer.

Cerró otra vez los ojos, y avanzó.

De pronto, notó sorprendido que andaba sobre tierra firme.

Pensó si sería víctima de una alucinación, y se restregó los ojos antes de abrirlos de nuevo.

Entonces oyó otra vez la voz cavernosa del guía que le decía:

— Acabas de superar el cuarto elemento.

Efectivamente; el lago de hirviente lava se había metamorfoseado repentinamente en una inmensa gruta resonante de la que no llegaba a distinguir los límites.

Observó que de una parte del techo de aquella enorme cavidad abierta en torno suyo, se filtraba una leve claridad glauco-verdosa, como submarina.

Extrañas estalactitas y estalagmitas brotaban de lo alto y del accidentado suelo. Pero lo curioso era que, al observarlas, notaba que se movían lentamente, obedeciendo a un ritmo natural, como las algas en el fondo de los mares. Notó también que, de las paredes surgían a trechos, semejantes a dedos de nieve, floraciones calcáreas vivas.

Inició unos pasos al azar, con los brazos tendidos hacia aquel medio insólito, que le atraía al mismo tiempo con extraña fascinación. Y pudo comprobar que unas recias estalagmitas que tenía ante sí, se agitaban dulce y armoniosamente en torno suyo al compás de alguna música inaudible para él.

De pronto, todas aquellas nevadas morfologías rupestres cobraron color y formas casi humanas al tiempo que se desgajaban del suelo, del techo y de las paredes.

Hermes contempló lleno de curiosidad a aquellos peregrinos genios. Unos eran varones y otros hembras. Aquellos aparecían vestidos de colorines

con largas barbas blancas que casi les arrastraban. Otros con cuerpos menudos, deformes y cabezas calvas, a manera de hombrecillos de vejez centenaria. Los genios femeninos eran de estatura normal, vestían túnicas verdes y tenían cabelleras rojizas. Parecían danzar con los brazos alzados como ramas, y cimbreaban sus cuerpos esbeltos como si plastificaran frases líricas inaudibles.

Poco a poco, todos aquellos extraños seres se le fueron aproximando. Detrás de ellos, a regular distancia, descubrió Hermes algo que llamó poderosamente su atención. Allí aparecían, erectos e inmóviles, vibrantes como insectos enormes, unos seres extraordinariamente delgados y flexibles, de complexión casi transparente a sus ojos. Sus brazos, enormemente largos, se movían como alas tensas, semejantes a grandes libélulas. Algunos aparecían suspendidos en el aire y con los ojos parecían mirarle y requerirle desde la punta de sus afiladas antenas.

Entre ellos y los genios más densos de primera fila comenzaron entonces a aparecer unos seres indefinibles y andróginos, todos ellos de color anaranjado-rojizo y, agitando unas manos sin dedos, iniciaron enlazados una danza que en todo mimaba el movimiento de las llamas.

— Os conozco — dijo a la sazón Hermes, con decidido acento. Os conozco a todos.

Y prosiguió abriendo los brazos con inusitado júbilo, obedeciendo a una fuerza desconocida que le brotaba del interior:

— Sois los genios elementales de la tierra, del agua, del aire, del fuego. Vencí los cuatro elementos, y venís a rendirme acatamiento. En adelante, seréis mis amigos y mis servidores. Conquisté el poder sobre vuestros respectivos medios de vida y si os mando, obedeceréis. Es una ley de la Naturaleza.

En aquel mismo instante, y como obedeciendo a una orden inapelable, se le aproximaron todos, realizando simpáticas contorsiones de humildad y signos de reverencia. Luego, fueron desapareciendo de su vista.

Hermes miró en tornó, triunfalmente. La gruta se hallaba desierta.

Deambuló un rato por el espacioso y húmedo antro, como esperando los acontecimientos. No aparecía nadie.

Decidió esperar. Se sentó sobre un alto accidente del suelo, y apoyó la espalda en la pared rocosa.

Al cabo de un rato, tuvo la sensación de que alguien estaba a su lado. Se levantó y dirigió su mirada escrutadora hacia el ámbito de su derecha.

Efectivamente. Allí, de pie y adosado al muro natural, un poco en la

penumbra, percibieron sus ojos la figura de Anubis, su guía de cabeza de perro. En la mano llevaba una pequeña lámpara encendida.

Al verse descubierto, la levantó parsimoniosamente en tanto decía a nuestro héroe sin mirarle, con voz profunda:

— Ahora, sígueme.

Y echó a andar.

Hermes le siguió por otro pasillo ascendente que se abría en aquel momento en uno de los extremos menos iluminados de la mansión rocosa.

A la luz de la lámpara descubrió, después de un rato de camino, unas puertas uniformes y cerradas, como empotradas en el ancho muro de la derecha.

La voz de Anubis exclamó:

— Entra por la séptima puerta.

Y al decir esto, desapareció como por ensalmo por la pared opuesta. Pero afortunadamente, la lámpara estaba a su lado, en medio del pasillo.

La tomó y a su luz siguió avanzando.

Al contar el séptimo portal, empujó y la puerta cedió.

Penetró en un pequeño recinto iluminado por una claraboya de luz natural. Se hallaba finamente decorado.

Encima de una mesa había un amplio recipiente lleno de agua cristalina, una vasija repleta de leche y pendiendo de un taburete incrustado de figuras de delicada marquetería, un gran paño-toalla, una túnica blanca de lino, un ceñidor de oro labrado y unas sandalias de cuero amarillento, de punta levantada.

Hermes se despojó presuroso de la ropa que llevaba, sucia, húmeda y hecha jirones. Se lavó, se aseó, peinó sus negros cabellos lacios y vistió y calzó aquellas prendas para él preparadas al efecto. Bebió luego la leche reconfortante y perfumada.

Cuando estuvo listo, la voz familiar de su guía, le ordenó:

— Si te hallas presto, sube y llama.

Hermes ascendió por una escalera de piedra de jade pulimentada. A los veintiún escalones se iniciaba un ancho rellano frente al cual aparecía una gran puerta de vano marmóreo cerrada con dos hojas de madera barnizada.

Llamó con la palma de la mano...

VII.- HACIA LA LUZ

La Rotonda — Isis y Osiris — Símbolo de la Vida Eterna — “Te Consagro Iniciado” — La Gran Madre — Himno Mágico — Por la Puerta de Oriente — Cíclica Misión — El Primer Rayo de Sol — Renacimiento — La Barca de Isis — El Lago Sagrado — Amor Infinito — Glosas— El Gran Canto — Otra Vez en el Templo de Ptah.

La puerta se abrió de par en par y Hermes se encontró, deslumbrado, en una espaciosa rotonda iluminada.

Doce columnas de capiteles lotiformes sostenían la ancha bóveda circular.

Hermes avanzó con paso firme.

En el centro de la gran sala, sobre un ara, ardía un pebetero de metal y el humo azulado ascendía por el aire inmóvil, dibujando caprichosos arabescos y diseminando el sagrado perfume hasta la elevada bóveda tachonada de puntitos radiantes.

De momento, le pareció al joven que la estancia se hallaba solitaria.

Contempló a su sabor su magnificencia y la riqueza de los materiales que la componían. Y se sentía pequeño e insignificante, anulado casi por las inmensas proporciones de aquel hermoso lugar, ricamente decorado con jeroglíficos simbólicos.

Se dirigió al centro de la sala donde ardía el fragante pebetero.

Entonces descubrió ante él, sentadas en sendos tronos, a dos venerables, hermosísimas divinidades: Isis y Osiris.

Tan majestuosas y resplandecientes le parecieron a Hermes aquellas dos hieráticas figuras, que su primer impulso fue postrarse ante ellas y con los brazos tendidos en el suelo, adorarlas.

— Yérquete ante el Padre — díjole con potente y armoniosa voz, Osiris, al tiempo que se levantaba de su regio trono. Has salido vencedor en las pruebas de los Misterios. Has entrado en el reino de la Luz.

Hermes miró en torno suyo, y vio, respaldadas en las doce columnas que formaban el círculo interior, otras tantas figuras de cuerpo humano y cabeza de animal, que representaban los doce signos del zodiaco.

Isis y Osiris descendieron majestuosamente de su sitial y se dirigieron hacia el recién llegado. ¡Cuan adorables le parecieron ambas divinidades!.

Cubría el cuerpo de Osiris, de aventajadísima estatura, una ajustada veste de escamas de oro y cubría su cabeza una alta mitra torneada, de recias alas, sostenida por dos bandas deslumbrantes de piedras preciosas. Un collar de siete círculos, cada uno de gemas de color distinto, ornaba su pecho hasta sus anchos hombros. En su diestra sostenía una cruz ansata, el *ank* de oro, símbolo de la vida eterna y en la izquierda el breve báculo de curvo cabo que significaba la autoridad y el poder supremos.

Isis, la divina esposa, resplandecía de majestad y belleza. Llevaba a su vez una veste ceñida de plateado tisú y ornaba su frente pensativa una alta diadema de plata y perlas finas rematada por un disco y los cuernos de la luna.

Colocó el dios el *ank* de oro que pendía de una recia cadena del mismo precioso metal en el cuello de Hermes, en tanto le decía:

— Yo te consagro Iniciado en los Misterios de Isis y de Osiris.

Puso acto seguido sobre su cabeza un breve paño blanco y lo ciñó a sus sienes con una corona en forma de aro que ostentaba, a la altura del entrecejo, la serpiente *Uraeus*, labrada en relieve.

Después de esta investidura, puso el dios la mano sobre la cabeza del recién Iniciado en tanto le decía con acento sostenido y solemne, semejante a un recitado litúrgico:

— El Padre te bendice. El y tú, constituís ya para siempre, una sola divina Entidad.

Isis se aproximó entonces a Hermes y ante él, escanció de un ánfora de metal labrado en una copa de oro, un líquido perfumado y lechoso. Y tendiendo hacia él su mórbido brazo desnudo, se la ofreció. Bebió el candidato y experimentó al instante un bienestar inefable, seguido de una exaltación desconocida. Era como si el espíritu de ambos Luminares celestes se derramara milagrosamente en su corazón.

Isis sonrió y dijo en un tono de voz indescriptible:

— La Madre te bendice. Ella estará en ti, eternamente.

Ambos dioses se colocaron acto seguido a ambos lados de Hermes, junto al ardiente pebetero.

Entonces, y como obedeciendo a un clásico ritual, las doce figuras adosadas a las columnas circulares se desgajaron, y adelantándose hacia el centro de la sala, rodearon a los tres personajes centrales. Y en voz baja, y acorde, iniciaron en canto llano el recitado de un himno mágico al tiempo que resonaba dulcemente por los ámbitos perfumados de aquel templo circular,

una música inefable de arpas y metales que penetraba hasta los centros ocultos y nerviosos del ser.



Escanció en una copa de oro, un líquido perfumado y lechoso

Terminado aquel sencillo y a la vez solemne ritual, cada una de las figuras que representaban los signos zodiacales, se restituyó a su lugar, junto al fuste de la columna respectiva.

Osiris señaló el punto por donde entrara Hermes en el círculo interior de la sala hipóstila, en tanto decía:

— Entraste a la Luz por la Puerta de Occidente que guarda ahora la Serpiente zodiacal que preside los Misterios.

Volviéndose hacia la parte opuesta, añadió:

— Saldrás ahora al mundo, donde te espera la gran misión de la Era que nace, por la Puerta de Oriente que guarda el Toro celeste. El representará el signo externo de la religión renaciente.

Y al levantar el brazo para indicar la mencionada dirección, una gran puerta se abrió allí, como impulsada por manos invisibles.

Hermes, ornado con sus atributos iniciáticos avanzó hacia ella, con un dios a cada lado: Osiris, personificación del Sol de los Misterios, a su diestra; Isis, la diosa que representaba a la Luna mediadora, a su izquierda.

Al llegar los tres al umbral, el primer rayo de sol de una gloriosa mañana egipcia, se posó sobre el rostro de Hermes, como confirmando el cumplimiento de las recientes experiencias superadas y del galardón y la dignidad logrados.

— Esta es la confirmación celeste — dijo el dios — Acabas de nacer a la Luz del Sol interno y del Sol externo.

Como si el astro rey de la creación derramara en aquel instante sobre él un desconocido y vital magnetismo, experimentó dentro de sí todo el viviente esplendor de otro renacimiento a su Luz.

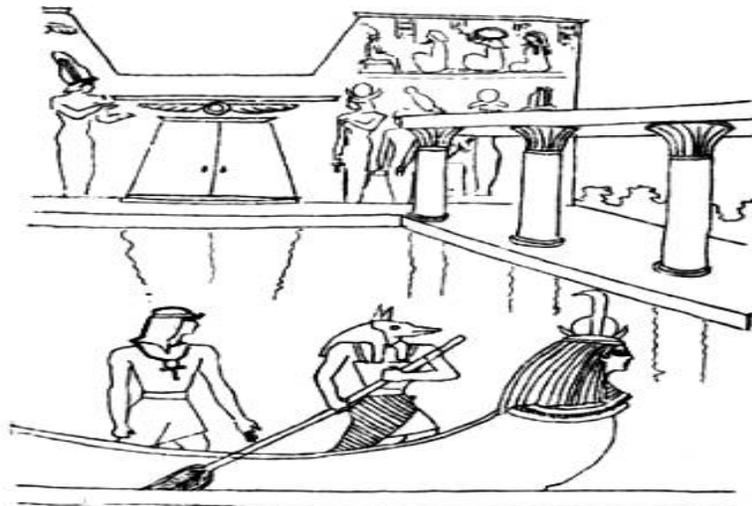
Respiró profundamente y levantó ambos brazos en adoración.

Luego cerró los ojos, como deslumbrado por tanta magnificencia.

Al abrirlos, contempló el hermoso espectáculo que ante sus ojos maravillados se ofrecía.

Desde la gran puerta que miraba a oriente, enmarcado por frondosa arboleda, contempló a sus pies un vasto lago de dimensiones cuadrilongas, de transparentes y purísimas aguas azules que bordeaban blancos lotos recién abiertos. Dos peristilos de columnas de marmol lo limitaban por ambos lados.

Una barca plateada — la Barca de Isis — elegante y ligera, en cuyos extremos aparecía el busto de la diosa, aguardaba a Hermes.



La Barca de Isis

De pie en su interior, erguido e inmóvil, con su solo remo, se hallaba Anubis, esperándole.

A una indicación de Osiris, descendió nuestro héroe los cuatro peldaños y penetró en la barca. La gran puerta del Templo circular se cerró tras de sí. Un mundo de pesadilla y de gloria había quedado atrás, más allá de la puerta clausurada.

A impulsos del ancho remo, se deslizaba la barca suavemente por el lago cuyas aguas irisaban los tempranos rayos del sol.

Contemplaba Hermes en un estado de delectación indefinible aquel ignoto paraje lleno de paz. Sus ojos, internamente aclarados, semejaban los de un niño. En verdad, acababa de nacer a la vida superior.

Sentía que un amor infinito por todas las cosas inundaba su corazón. Miró al barquero de cabeza canina remar de espaldas a él, en la proa de la frágil embarcación, todo aureoleado por la luz solar. El gesto rítmico y pausado de su remo hendía el agua y surgía con un fleco de gotas deslizantes que el astro recién salido doraba y que pulsaban la líquida superficie con el sonido de un arpa leve.

En tanto se deslizaba la barca lentamente por el lago sagrado, rumbo a la otra orilla, sentía que un gozo nuevo cantaba dentro de sí el himno de todas las resurrecciones como si al conducirle a él, condujera la barca a toda la humanidad recién nacida por el milagro inefable de sus pasadas experiencias.

Era un hombre nuevo. Cerró los ojos, beatíficamente. Sentía la caricia tibia del sol sobre sus ojos y de su mente lúcida comenzaban a brotar imágenes desconocidas, glosas poéticas de un mundo renovado a manera de gérmenes de sus propias posibilidades futuras.

Y en medio del rosado silencio matutino, su voz de grave cristal, transparente como el agua del lago, comenzó a recitar, al compás de una música interior, los Himnos que, a través de milenios, repetirían en el futuro los hombres y que tendrían, por genérico título, **“LIBRO DE LA SALIDA A LA LUZ DEL DÍA”**. (Conocido posteriormente por **“El Libro de los Muertos”**).

“¡Oh tú. Señor de la Vida y del orden de los Mundos!”

“Los vientos propicios empujan tu Barca hacia el puerto seguro.

*Las divinidades de las cuatro regiones del Espacio te adoran,
¡Oh tu, inmensa substancia divina de la que proceden todas las formas y todos los seres!.*

*He aquí que acabas de pronunciar una Palabra y la Tierra,
silenciosa, te escucha...*

*¿Oh divinidad única!. Tú regías el Cielo en tiempos en que la
tierra y sus montañas aún no existían.*

Tú modelaste la Lengua de las divinas Jerarquías.

¡Oh Osiris!. Otorga, a mi alma su propia naturaleza divina.

He aquí que llego a mi patria de origen...”

Culminado el breve periplo, arrimó el barquero la barca a la orilla opuesta del lago, junto a los cuatro escalones de ascenso.

Hermes se apeó y guiado por el propio Anubis, se dirigió hacia el portal abierto en el muro de enfrente cuyo dintel era más angosto que su base.

Ese portal abría un breve Corredor de las mismas proporciones, al final del cual una pequeña puerta cerrada centraba la tapia del corredor.

Anubis se adelantó, descorrió el cerrojo, se colocó a un lado y con una mano empujó la puerta abierta en tanto con la otra indicaba a Hermes que saliera.

Así lo hizo, e inmediatamente, la puertecita se cerró tras de sí.

Miró en torno suyo y sonrió complacido.

Se hallaba junto al muro de piedra de uno de los patios laterales del Templo de Ptah.

VIII.- MUERTE DEL FARAÓN

Las Revelaciones — La Ciencia Madre — Unidad de la Vida — Veladas — Universidad Sapientísima — El Universo Interior — Toque de Difuntos — La Representación — Ceremonia Póstuma — Conminación al “doble” — La Momificación — El Sepelio — El Duelo — Morada Permanente.

Muchas verdades le fueron entonces reveladas a Hermes en el seno de la comunidad.

Desde su Iniciación, el anciano Hierofante manifestaba hacia él una cada vez más acusada predilección.

Se le abrieron los arcanos del santuario secreto, asequibles sólo a las altas jerarquías sacerdotales.

Pasaron múltiples lunaciones. Hermes llegó a una sazónada hombría, así en el aspecto físico como en el intelectual y moral. Su instrucción era completa en todas las ramas del saber, así oculto como profano. Poseía la clave de las altas ciencias vedadas para aquellos que no habían trascendido las pruebas de los Misterios.

Sobre todas las ciencias que eran patrimonio de aquella famosa Institución del saber de toda la antigüedad, acusaba su preferencia por la llamada “ciencia madre de todas las ciencias”, el conocimiento de las maravillas del Universo, la astronomía y la astrología. A través de esa profunda y vasta ciencia basada en la matemática y la música celestes, podía ya leer con delectación el Libro por excelencia de la Divinidad. Leyendo el cielo infinito, sabía el pasado y el porvenir de los hombres y de la humanidad, los ciclos de las civilizaciones, la ley del progreso infinito, los resortes sabios de la evolución.

A través de ese estudio, alcanzaba a conocer la unidad de la Vida. El lenguaje de las estrellas tenía para Hermes crecientes sugerencias, ya que a él le descifraba todos los enigmas de la Naturaleza y de todos sus reinos.

En sus largas veladas consagradas al estudio de tan profundos temas, contemplaba el estrellado firmamento desde el alto observatorio del Templo.

En los laboratorios adjuntos, halló fórmulas químicas y aleaciones aptas

para la preparación de amuletos y talismanes de mágica eficacia, así como recetas antiquísimas anotadas allí por grandes Iniciados que fueron, la base de cuya oportuna aplicación astrológica podían sanarse todas las enfermedades.

Sus profundos conocimientos matemáticos le proporcionaban a la sazón, el vínculo que relacionaba los números con las jerarquías cósmicas y la sabiduría milenaria, ya que los números constituían la matriz de las ideas inmovibles y la razón de las formas puras, perfectas y arquetípicas, así como las secuencias rítmicas aplicables a todos los seres y a todos los acontecimientos.

Merced a esa ciencia básica, comprendía ya la trascendencia y la eficacia de los ritos religiosos, el doble sideral de los dioses, el poder del lenguaje secreto de la tradición, mantenido siglo tras siglo desde el ádito secreto de los Templos. Era todo un mundo que se le rendía, ayer vedado.

Hermes sentía toda la fascinación de esta inmensa dádiva de la Vida. Y amaba, sobre todas las cosas, sus horas de estudio, su permanencia en el Templo, Universidad sapientísima que le ofrecía todos los elementos para la más elevada formación intelectual y espiritual asequible al hombre.

Y lo que le parecía más curioso era que sus crecientes ansias de saber hallaban siempre más elevados estratos de conocimiento.

Hermes se sentía con una plenitud de facultades y de poderes que sazónaba, embellecía, maduraba e iluminaba todo su ser. Y su aura se expandía y beneficiaba a cuantos le rodeaban.

Su mente creadora alcanzaba a menudo esferas sólo asequibles a través de la intuición y de la inspiración directa.

Entonces sentía palpitar el corazón del Universo dentro de sí.

Y en el decurso de sus meditaciones y de sus éxtasis, un mundo de verdades incógnitas afloraba en su mente, capaz de iluminar el sendero espiritual de la humanidad presente y futura.

En las primeras horas de la madrugada, se hallaba Hermes cierto día inmerso en la contemplación del estrellado cielo, descifrando los enigmas de las evoluciones estelares y su significado, a base de las claves guardadas en el Templo desde la remota civilización atlante, cuando oyó los golpes insistentes dados sobre el gran disco de bronce que pendía sobre la bóveda del Templo.

Salió a la terraza, para oír mejor.

Efectivamente. Los ecos proseguidos del metal herido, se esparcían doquiera en la obscuridad sonora hasta alcanzar los últimos ámbitos de la ciudad.

Aquellos toques sacaron a Hermes de sus lucubraciones y de sus

éxtasis.

— Toque de difuntos — dijo para sí.

Y descendió aceleradamente las escaleras del edificio.

En la gran nave consagrada a los oficios religiosos del dios Ptah, encontró reunida a toda la comunidad, a la que el anciano Hierofante daba a la sazón expresas órdenes.

Al ver a Hermes, díjole:

— Hijo mío, el Faraón reinante acaba de fallecer. Yo soy ya muy anciano, En ti delego mi misión personal en tales solemnes casos y la presidencia y supervisión de todo el ritual funerario. Imponte, pues, de tus deberes y procura estar a la altura de tu misión. Persónate inmediatamente en Palacio.

Obediente a tales órdenes, y una vez investido nuestro héroe con los atributos de la suprema dignidad religiosa y acompañado por dos novicios jóvenes de la comunidad, se presentó en la regia mansión cuando rayaba el alba.

Entró solemnemente en la cámara mortuoria.

El viejo Faraón difunto, Snefru, se hallaba tendido en su lecho, rodeado por toda la real familia y los nobles allegados.

Entre ellos, estaba su amigo Kufú. Ambos intercambiaron una afectuosa mirada, pero permanecieron en su lugar respectivo.

Al entrar Hermes, todo el mundo guardó silencio.

Se aproximó éste al difunto y aplicó sus manos abiertas sobre su yerta frente y levantándolas se dirigió hacia oriente recitando unas palabras rituales consagradas al efecto. Se volvió en la misma forma hacia el occidente e hizo lo propio. Repitió la misma operación cara el norte y cara al sur.

Luego metió las puntas de los dedos en un recipiente de oro, ornado con las siete piedras preciosas, que contenía agua magnetizada del Nilo y que sostenía uno de los jóvenes sacerdotes, y las aplicó sucesivamente sobre los siete centros vitales del cuerpo del muerto, en tanto el otro aspergiaba en torno, el humo de las esencias purificadoras que en su móvil pebetero sostenía.

Acto seguido, recitaron los tres una invocación solemne al *ka*, seguida de conminación para que el doble del difunto no se desprendiera del cadáver en el período que durara la momificación.

Esta comenzó de inmediato. El equipo de hombres especializados, químicos, físicos y obreros, se hallaba en un extremo de la sala esperando el momento de que terminara la breve ceremonia religiosa para actuar.

Con ellos llevaban un gran cofre en silla de mano, que contenía gran

cantidad de productos, herramientas, trapos y vendas, esencias y líquidos empleados en la difícil y larga operación.

Llegado el momento de dar principio a su tarea, dispusieron sus enseres y se colocaron en orden de trabajo.

La familia rezó en voz baja las oraciones de ritual y luego, entre lamentaciones y a instancia de Hermes, abandonó la sala.

Los escultores que formaban sección aparte, procedieron inmediatamente a sacar la mascarilla del difunto, tomando las proporciones del cuerpo para el revestimiento final del regio ataúd con la escultura en relieve, policromada, que cubriría por fin el sarcófago real.

Los operadores comenzaron inmediatamente su cometido, lavando con agua pura el cuerpo desnudo del difunto y después de proceder a unos untos aromáticos, comenzaron los cirujanos a extraer del cráneo los sesos mediante unos ganchos que introducían por los orificios de la nariz y que depositaban en una urna de pórvido rematada por una cabeza de chacal.

Abrieron después el cuerpo en canal por el lado derecho y extrajeron las entrañas que colocaron en otros dos recipientes parecidos aunque más voluminosos. Inmediatamente, lavaron las partes interiores del cuerpo vaciado y lo rellenaron con trapos y estopas impregnados de fuertes esencias conservadoras, cosiendo después, cuidadosamente, las heridas.

Luego de proceder a esa primera parte de la complicada operación del embalsamamiento, sumergieron el cuerpo durante sesenta días en un baño de natrón, al cabo de los cuales se frotaba al cuerpo cuidadosamente con alcohol de palma y vinagre de maderas.

La fase siguiente del vendaje, requería personal diestro y especializado.

Cubrían por partes, con sal fina mezclada con resinas aromadas, los miembros y el cuerpo todo, los envolvían con tiras de tejido especial excepcionalmente apto para la conservación de la momia.

Se efectuaban varios vendajes superpuestos entre los que se espolvoreaban molidas gomas y se extendían materias bituminosas.

Durante ese delicado proceso, unos cuantos obreros se alternaban soplando con ventales de plumas de avestruz para refrescar el aire, ya que el ambiente era caluroso.

Cumplida esa complicada preparación, venía el revestimiento de la envoltura final de la momia con finas vendas de gasa perfumada y como remate, la cobertura del ataúd con la efigie en oro y piedras preciosas, y la tapa de madera labrada y grabada con el doble, en color, del rey fallecido. Por otra parte, los escultores lapidarios preparaban al efecto, la cubierta definitiva

del sarcófago, una vez conducido el cadáver a su permanente morada

En el decurso de esa paciente y dilatada operación del embalsamamiento se iban turnando los operarios y guardianes.

Pero la responsabilidad definitiva corría a cargo del sacerdocio. Día y noche permanecían allí vigilando las etapas de ese proceso. Era fama que tales ministros divinos poseían facultades sensitivas y clarividentes. Por ellas sabían si realmente y merced a la perfección de las técnicas aplicadas, el alma del difunto se hallaba, a través del *ka* o doble, unida al cuerpo y en estado satisfactorio. Que en último término, tal era la finalidad del inmediato embalsamamiento. De ese modo, el difunto se hallaba en el futuro, plenamente consciente y actuante en el mundo de los encarnados y podía tomar parte en los acontecimientos y ceremonias de la familia y del lugar. Era una especie de interventor absoluto y activo en los asuntos de la tierra, como cuando vivía en ella.

Llegado el día del sepelio y en medio de los lamentos y repetidas alabanzas del difunto por los parientes y el coro de las lloronas profesionales, fueron apareciendo los agentes gobernadores del nomo de Menfis y de los anejos, los representantes de los gremios y demás delegados de todo el país de Egipto, ornados con los distintivos de su condición o profesión, quienes, hieráticamente envarados, se colocaron en torno al difunto.

Este fue trasladado en un lujoso carro fúnebre en forma de nave y sin ruedas, tirado por una yunta de bueyes de pintadas astas de forma de lira y con simbólicos arreos. Así lo fueron arrastrando lentamente sobre el polvo del camino, hacia la orilla del río.



El Fúnebre Cortejo

Como el hipogeo real se hallaba bastante distante de la ciudad, se trasladó el cortejo fúnebre, acompañando al féretro, en lujosas naves preparadas al efecto. De ese modo embarcaron aguas arriba, seguidos por la nave de los músicos y varias otras en las que se transportaban los objetos de la pertenencia del difunto y las particulares de los espontáneos acompañantes, que eran numerosas.

En las estribaciones del Muro Blanco, al final de un sendero bordeado de sicómoros, se hallaba preparado el hipogeo piramidal del Faraón fallecido.

Constaba la definitiva morada de la momia, de dos cámaras, la primera más espaciosa que la segunda.

La mortuoria se hallaba al fondo y la primera le servía de antesala y debía contener los objetos de preferencia del difunto, así como las renovadas ofrendas de manjares y bebidas, flores y esencias.

Ambas cámaras se hallaban primorosamente decoradas con frisos y jeroglíficos reproduciendo las costumbres y preferencias del Faraón.

Una vez llegado el cortejo ante el hipogeo abierto, se descargó la momia en su ataúd de madera y se la puso en pie.

Los familiares y las plañideras comenzaron entonces a proferir gritos y lamentaciones, agarrándose al difunto. Presenciando esa fúnebre escena, los amigos y colaboradores le dirigieron, como era costumbre, frases e invocaciones de buena voluntad, recordando a coro sus cualidades en forma más o menos convencional.

Al fin se depositó el ataúd con la momia, en el sarcófago de piedra pulimentada y se recubrió con la tapa labrada que representaba la vera efigie del Faraón fallecido.

Disperso al fin el duelo, en la antesala y en la entrada del hipogeo renovarían su guardia permanente sus servidores y su escolta de guerreros.

IX.- LA GLORIOSA DINASTÍA

Por un Nuevo Faraón — Rey por Aclamación — La Prueba Definitiva — En el Templo — Las Lecciones — El Faraón Iniciado — Transmisión de la Palabra — El Padre Espiritual — Muerte del Hierofante — La Sucesión — La Más Noble Herencia — Hermes y Kufú.

Egipto reclamaba un nuevo Faraón. Pero un Faraón digno de aquellas antiguas, inclasificables dinastías de reyes divinos que fundaron la altísima civilización de Egipto, y cuyos nombres se confundían con los de los mismos dioses que en los Templos se adoraban.

Era el momento decisivo para la adecuada elección.

A tal efecto, se reunieron una y otra vez los ministros, los nomarcas o gobernadores de los nomos o provincias, y los sacerdotes de Ptah. Consultaron los astros y los Libros mágicos requiriendo la voluntad de los Padres espirituales del país. Deliberaron en templos, juntas y asambleas.

Había llegado la hora de la verdad. Se trataba del porvenir de Egipto, ya que la divinidad había liquidado una turbia etapa del presente.

El último monarca había devuelto el aliento y había entrado en el Amenti, amparado sólo en el ritual eficaz de los viejos Faraones. No había dejado sucesores por línea directa. Sin embargo, los oráculos sagrados anunciaban una próxima Era de esplendor para el glorioso país de Khemi, heredero de las tradiciones de la antigua Atlántida, bajo el cetro de un joven Faraón ajeno a la caduca dinastía.

Reunidos los dignatarios, escucharon respetuosamente la respuesta dada por los dioses como resultado de los estudios e invocaciones realizados en el seno de la comunidad de ancianos sacerdotes de Ptah.

Convocaron al efecto a los más nobles y prestigiosos príncipes de la ciudad.

En el mismo seno del brazo sacerdotal, comenzó a circular un nombre; Kufú. Efectivamente: Kufú era el más noble, apuesto y bien reputado entre todos los príncipes. Sonó luego su nombre, insistentemente, entre el cónclave reunido de los electores, así religiosos como civiles.

Unos decían:

— Kufú es el más valiente.

Otros, más viejos, opinaban:

— Es el más sabio, el más virtuoso, el más ponderado.

Algunas, insinuaban:

— Es el más hermoso y el más apuesto entre todos los príncipes.

Y tales ecos se fueron amplificando por todos los ámbitos del país del Nilo. Y el nombre de Kufú prevaleció, resonando por fin unánimemente en todas las bocas, como una esperanza de seguridad, de renovación y de prosperidad para todos.

Kufú fue proclamado rey por aclamación, con el beneplácito unánime de los estamentos sociales del país.

Egipto tenía ya Faraón.



Kufú

Pero por tradición inmemorial, ningún rey podía con absoluta autoridad gobernar, sin ser iniciado en los Misterios, sin ostentar el doble poder: el civil y el religioso. Debía ser no sólo el gran legislador, sino el padre bondadoso del pueblo, encarnación viviente de las altas virtudes, electo de la divinidad protectora del gran país.

Para reinar el joven Kufú, con todos los reales atributos de sus antiguos predecesores, le faltaba, pues, la prueba total de eficiencia física, moral, mental y espiritual. Debía someterse, por tanto, a un periodo probatorio en el seno de la comunidad religiosa, y por fin, al difícil examen integral de la Iniciación.

Sencillamente vestido, sin atributo alguno, los ministros y dignatarios dejaron a Kufú en el umbral del Templo de Ptah y se retiraron.

Las puertas se abrieron y entró el joven monarca en la sacra escuela de sabiduría y de virtud.

Con su larga túnica blanca, parecía más alto y delgado, su faz más pálida, sus ojos más profundos, fijos y agrandados.

Entró serena y dignamente, dispuesto a recibir las enseñanzas previas a la suprema investidura.

Apenas franqueó el umbral, escudriñó con mirada ávida el recinto en semipenumbra. ¿A quién buscaba el joven soberano?.

De pronto, su boca perfecta, carnosa y perfilada, inició una sonrisa.

Destacándose entre la religiosa concurrencia que fuera a recibirle, vio a Hermes que se adelantaba hacia él para darle la más afectuosa bienvenida.

Al lado de su entrañable amigo y salvador, hizo Kufú los altos estudios, los entrenamientos y las purificaciones. Era en todo su consejero, su confidente y su mentor. En las horas de explaye, juntos paseaban y departían amigablemente.

Modesto y sencillo, como toda alma grande, Kufú se aplicó en las lecciones prescritas, puso empeño en resolver toda índole de problemas y con firme voluntad se predispuso a culminar con éxito los deberes de su nueva vida.

Así, muchas y muy curiosas y profundas cosas aprendió el nuevo Faraón en el Templo donde se hallaba acogido, y especialmente, de labios de Hermes, su amado preceptor.

Cuando, pasadas varias estaciones, demostró hallarse ya maduro y preparado para afrontar las duras pruebas de la Iniciación, pasó con los ojos vendados al lago sagrado y penetró en el misterioso mundo subterráneo...

Antes del amanecer del siguiente día, una ansiosa mirada oculta celaba, junto al muro de uno de los patios laterales del Templo, el retorno victorioso de Kufú.

¿Habría realmente superado todas las pruebas?.

Cuando, por fin, la puerta secreta se abrió, los dos jóvenes se abrazaron, compartiendo su triunfo, y se sintieron, como nunca, fraternalmente unidos.

A los pocos días, era Kufú investido solemnemente, con todos los atributos, Faraón de Egipto.

Sobre su frente ostentaba, como el máximo honor la labrada corona de oro con la serpiente *Uraeus* sobre su entrecejo.



Muy viejo ya, débil y presintiendo que se aproximaba su fin, postrado en su lecho de paralítico, el Hierofante solicitó la presencia de Hermes y de Kufú.

En las postrimerías de su vida, su mente lúcida y clarividente le hacía augurar para ambos jóvenes un glorioso porvenir que redundaría en una destacada etapa de progreso para la amada nación egipcia.

Enternecidos, entraron ambos amigos en la cámara privada del bondadoso sacerdote.

Al verlos, dijo con voz apagada:

— Que el Padre y la Madre universales os bendigan a ambos, hijos míos. Ya con la vista puesta en el más allá, en vosotros deposito todas mis esperanzas. En ti, Hermes, como Sumo Sacerdote, sucesor mío. En ti, Kufú, como Faraón-Iniciado de Egipto...

Hermes se inclinó y besó las dos manos del venerable anciano, susurrando emocionado:

— Padre mío...

— Tu Padre es Osiris celeste. El te conducirá. He visto... He visto... Eres el Elegido para encarnar el mensaje espiritual de la Era que comienza: la Era Táurica que verá el gran renacimiento de Egipto bajo el signo de tu cruz coronada, el *Ank* sagrado. Cuando el *Ba (el Alma)* que me sustenta esté próximo a dar su última luz a mis ojos y requiera Osiris el aliento que me concedió, te confiaré la Palabra Sagrada, la fórmula del poder de la tradición secreta. ¡Que la oculta Luz os ilumine siempre!.

Ambos amigos se retiraron con el presentimiento de que el Hierofante les iba a abandonar pronto.

Y así fue.

Cumplidos con amor los requisitos de ritual, Hermes y Kufú se esmeraron en las exequias fúnebres de su Padre espiritual y en nombre del juramento ante él pronunciado, ocuparon dignamente, Kufú, el trono de Egipto; Hermes, la suprema dignidad sacerdotal.

X.- LA ESFINGE REVELADA

Equitativo Reinado — Signos de Progreso — Difícil Problema — La Visita — Hora de Asueto — Crepúsculo Vespertino — El Paseo — Ante la Esfinge — Revelación — Antes del Cataclismo — Hundimiento de la Atlántida — El Gran Monumento Antediluviano — *Harmakis Venerable* — Sol y Luna — Inspiración — “Volvamos al Templo”.

Pasaron años. Bajo la sabia y equitativa regencia del joven Faraón, entraba Egipto poco a poco en una etapa próspera y feliz de su historia.

Comenzó Kufú por renovar todo el personal administrativo; redujo simultáneamente los gastos de Palacio; refrenó el lujo y la fastuosidad excesivos por un lado y, como consecuencia, favoreció a la plebe trabajadora.

Las arcas reales se hallaban siempre generosamente dispuestas a verterse para socorrer toda desgracia y para remediar la miseria en las épocas de las menguadas cosechas.

Bajo el reinado del Faraón Kufú, el pueblo egipcio no conoció el hambre.

Imperaban el orden y la armonía en todos los estamentos de la sociedad. Se fortificaron al sur las presas del Nilo, se abrieron caminos y canales, se construyeron puentes y grandiosos edificios, se plantaron arboledas, se instalaron jardines, se excavaron pozos, se procuró un mayor saneamiento de la vida pública.

La monarquía había dejado de ser una opresión oprobiosa, demasiado a menudo, para el país. Bajo el generoso reinado del joven monarca, el interés demostrado por todos sus súbditos iniciaba una trabazón de intereses y consideraciones que redundaban en un creciente bienestar general y especialmente, de las clases menesterosas.

Los impuestos eran ya proporcionales a las ganancias. El respeto y el sentido de humanidad prevalecían entre las personas destinadas a administrar el orden y la justicia.

Dentro de la jurisdicción de las almas, en el campo religioso, habían ocurrido también transformaciones.

Después de la muerte del anciano Hierofante, Hermes, su sucesor, y con el beneplácito de toda la comunidad, había acrecentado los vínculos entre el brazo sacerdotal, la nobleza y el pueblo.

Puso parte del significado del ritual al alcance del conocimiento de las mentes preparadas. Organizó en las dependencias mismas del Templo, clases para adultos de todas las categorías. Adaptó muchas de las secretas enseñanzas a la mentalidad media de las gentes, como un medio espiritualmente pedagógico, que contribuyera eficazmente a su formación interior, y preparó una eficiente alianza de sacerdotes, encargados de curar y aconsejar a los enfermos y de divulgar científicamente las reglas preventivas de la enfermedad, creando zonas salubres de recuperación, a manera de sanatorios naturales en lugares altos, arbolados y soleados. Así fue elevando lenta y seguramente el nivel de la salud pública, de la moralidad y de la cultura.

Observaba Kufú las mejoras otorgadas y el progreso experimentado por su país en el breve decurso de su reinado. Pero no estaba satisfecho de su obra.

Una cosa especialmente le preocupaba: remediar el prolongado paro a que se veían obligados los labriegos gran parte del año, desde que el Nilo reducía su cauce y los vientos del desierto secaban las anchas riberas nilóticas, agostando a menudo prematuramente las cosechas, hasta la venida de las grandes aguas.

Entonces la más hórrida miseria hacía su aparición entre los trabajadores de la tierra, si el peculio real y colectivo no la remediaban.

Kufú había combatido eficazmente esta plaga tradicional del pueblo egipcio. Pero comprendía que no bastaba dar una ración diaria de trigo o de centeno, de grasas y de pescado salado a las pobres gentes desocupadas. El trabajo ennoblece al hombre en tanto que la limosna malea el alma del que la recibe creando en él un estado de irresponsabilidad o bien de inferioridad, de servilismo y de tristeza.

Todo esto lo sabía el joven Faraón y deseaba con toda su alma llegar a solucionar ese mal endémico a que obligaba la geografía del país.

Cierto día, determinó consultar ese tema con su gran amigo y maestro, y con tal fin fue a visitarle a las dependencias del Templo de Ptah donde estudiaba y trabajaba.

Otras veces había ido allí para ayudar a Hermes en sus labores de investigación en los archivos milenarios del Templo y siempre, con su elevado criterio y sabiduría, le había ayudado el joven hierofante a resolver los problemas de la nación.

Una acrecentada simpatía, una absoluta compenetración unían, a pesar

de sus distintas tónicas y actividades, a las dos máximas dignidades del país.

Aquel día iba decidido Kufú a buscar en él una orientación definitiva al arduo problema que tanto le preocupaba. ¿Qué sugerencia saldría de su entrevista que le permitiera ocupar a tantos miles de obreros parados casi la mitad del año?.

Aquel día se encontraron en la hora del asueto en el patio de las dependencias religiosas.

Desde allí, al caer la tarde, se podían observar, en medio de una profunda paz, los nítidos contornos de las más dilatadas perspectivas del valle nilótico.

Pasearon uno al lado del otro, recorriendo todo el perímetro del patio de oriente a occidente.

Kufú hablaba. Hermes, más reconcentrado, escuchaba.

De vez en cuando, ambos se paraban y contemplaban las maravillas del firmamento.

Se aproximaba el crepúsculo vespertino. En aquel momento el cielo se enlucía como una joya y sus gradaciones parecían táctiles, de tonos cárneos, casi humanos. Ambos contempladores se sentían subyugados por aquellas grandiosas transformaciones celestes. Sus tonos iban desde el verde turquesa puro del cenit, pasando por el amarillo dorado, al grana intenso, sin una nube, del horizonte que perfilaba las ondulaciones moradas de las dunas lejanas del desierto.

Al ponerse el sol, decidieron ambos amigos prolongar el paseo hasta el Muro Blanco, antes de cerrar la noche.

— Querido Kufú, comprendo la nobleza de tus razones. Todo problema lleva implícita una solución — dijo, después de una dilatada pausa, Hermes—.

Prosiguieron en silencio su camino. Dirigiéndose a Kufú, dijo de pronto Hermes, señalando la dirección por donde se había puesto el sol:

— ¿Ves la enigmática figura de la Esfinge, monumento de las edades pretéritas, que se interpone ahora entre nosotros y las postreras lumbres del atardecer?. A mí me parecía, hasta hace poco, un problema insoluble. Hoy ya no lo es. Lo que hace falta, es que madure en nosotros mismos la pregunta.

Así discurriendo, llegaron hasta el pie de la Esfinge.

Hacía ya tiempo que el sol había tramontado y aparecían en el cielo, ya de un tono apagado amarillo lechoso, las primeras tímidas estrellas.

— Comenzaré por descifrarte su simbolismo — dijo Hermes a Kufú, en tono bajo y confidencial. — Por tu condición de iniciado en los Misterios, tienes derecho a ello. De esta Esfinge parte el comienzo de la presente gran

rueda zodiacal. Mírala. Su faz enorme, que contempla con fijeza el oriente, representa el celeste andrógino, mujer y hombre divinos. Padre y Madre del mundo, el Sol y la Luna. Fíjate bien. Su cuerpo es mitad de león alado y de mujer la otra mitad correspondiente al busto, al cuello y a la expresión del rostro. Fue erigida hace muchos siglos por una comunidad de nuestros directos antepasados atlantes cuando el Sol, por precesión, se hallaba en el paso equinoccial de primavera a caballo de dos signos: el del León alado o celeste y el del Escarabeo sagrado y zodiacal, signo lunar, femenino y acuático, gestativo de un larguísimo año cósmico que recorre el sol, en sentido inverso al del tiempo natural, durante innumerables milenios. Cuando el Sol, por precesión, pasa esos dos signos iniciales Soli-lunares, tienen lugar las grandes transformaciones cíclicas y geológicas. Esta *Harmakis* venerable que contemplas, la Esfinge misteriosa, la erigió la comunidad de magos blancos que supieron prever, con rigor matemático, la gran catástrofe y se evadieron de la gran Isla atlante de Poseidonis. Y para constancia y laudo a la divinidad de su salvamento y misión en este continente africano, erigieron, en la orilla misma del mar que bañaba este desierto inmenso que aquí ves, este ingente monumento a ambos tronos zodiacales, el del Sol y el de la Luna. En este mar, mi querido Kufú, en el que se reflejaba el cuerpo animal de la esfinge, desembocaba entonces el cauce del Nilo, cegado poco después por la conmoción catastrófica que cambió de raíz la faz del mundo, regando a la sazón pródigamente, gran parte del continente africano, hoy exhausto y sediento. Y merced a aquella terrible conmoción, es hoy el Nilo el caudal paterno y generoso que fecunda exclusivamente Egipto, la tierra elegida, y que se vierte, a través de los siete brazos del Delta, abundoso y malogrado, en el Mar Mediterráneo.

Hermes miró al suelo con la mente pensativa, como si rememorara. Después de una prolongada pausa, prosiguió:

— Fue un cataclismo horrendo. En el breve término de una noche, engulló el mar, cuarteada por sucesivas convulsiones sísmicas, entre prolongadas lluvias diluviales, una Isla inmensa y floreciente, la postrera porción del Continente Atlante, con sus sesenta millones de habitantes. Y el agua salada purificó así, bajo el sol clemente del primer día, los terribles pecados de una raza sapientísima, en decadencia, que había vulnerado los sagrados principios de sus Misterios, de los que Egipto ha sido, luego, el heredero.

Al decir estas últimas palabras, levantó los ojos y los clavó en la faz enorme e impertérrita de la Esfinge.

— De aquella indescriptible catástrofe cíclica — prosiguió con más calma — que conmovió y alteró toda la superficie de nuestro planeta, primero por el fuego, después por el agua, quedó en nuestro país este gran símbolo celeste, este perenne cronómetro de la eternidad que señala para nosotros el inicio misional del depósito iniciático que nos fue encomendado por los padres espirituales de la humanidad. Ella patentiza la tradición mística, el legado espiritual de las edades remotas al presente, la ciencia de los astros y el proceso y características de las evoluciones cíclicas, las sucesivas civilizaciones por que ha pasado y pasará la humanidad. Ella representa la primera dualidad sagrada que han deificado todas las religiones. Es, en suma, el monumento único anterior al gran Diluvio, que patentiza al mundo la tradición arcana de la sabiduría de los Misterios y la ciencia sideral y astrológica que los sustenta.



La Esfinge

Kufú escuchaba con expresión atenta y maravillada, la revelación de aquel extraordinario relato. Miraba alternativamente a Hermes, a la Esfinge y al cielo sereno de la abierta noche, todo cuajado de estrellas. El desierto les

llevaba, con la brisa, sus múltiples rumores que se confundían con los murmullos rítmicos del palmeral cercano. Y en medio del gran canto de la Naturaleza, las palabras de su amigo y maestro alcanzaban dimensiones cósmicas. Creía vivir las horas más solemnes de su vida.

Después de un gran silencio, tomó las manos de Hermes entre las suyas y dijo, con voz emocionada:

— ¡Oh Hermes, el más sabio de los hombres, “Tres Veces Grande” por tu sabiduría, por tu bondad, por tu iluminado poder!. A ti debo la solución del enigma de las edades, y de mi propio enigma.

Una idea, semejante a un chispazo, iluminó en aquel momento la mente enardecida del joven Hierofante. Oprimió con su nervuda mano el brazo de su amigo y le dijo con imperativa y acelerada voz:

— Volvamos al Templo. Acaso, la solución de tu problema... ¡Vamos!.

Anduvieron aceleradamente entre las leves sombras nocturnas, bajo la suave luz del cielo, rútilo de astros.

Ante ellos, a lo lejos, por la parte de levante, la cinta plateada del río semejaba, entre las márgenes oscuras, un monstruoso reptil deslizante.

XI.- RESURRECCIÓN DE EGIPTO LA GRAN PIRÁMIDE

En el Laboratorio — Apasionante Tema — Hojas de Papiro — “Ella Nos Ha Iluminado” — La Nueva Civilización — Ingente Proyecto — El Sueño de la Pirámide — Un Gran Libro de Piedra — Vedado Diseño — Las Siete Cámaras — Ofrenda al Futuro — Las Canteras — “Mis Arcas se Abrirán” — Cielo de Madrugada — El Espíritu del Sol Desciende — Hermes, “Tres veces Grande”.

La noche era fresca y transparente como un cristal. Hermes y Kufú ascendieron aceleradamente las escalinatas de la residencia adosada a la parte posterior del Templo de Ptah cuyos miradores daban a occidente, y alcanzaron las altas dependencias hasta llegar al laboratorio contiguo al mirador celeste, donde estudiaba y trabajaba Hermes.

Aquella noche estuvieron juntos hasta la madrugada. Hermes levantaba gráficos nerviosamente sobre las hojas de papiro extendidas sobre su ancho pupitre. Un apasionante tema, de interés mutuo, absorbía su atención restándoles la noción del tiempo.

Sobre la larga mesa de trabajo, extendía Hermes ante los ojos ávidos de Kufú, rollos de papiro en los que iba diseñando, en forma de ágiles trazados, su plan de reciente inspiración.

— Aquí tienes la solución. Medítala. Si te decides a ser mi colaborador en este gran proyecto, muchos problemas se resolverán. Ante todo y durante muchos años, el pavoroso paro obligado de los trabajadores de la tierra que primordialmente te preocupa.

Kufú se hallaba un poco desconcertado por las sucesivas emociones de aquella noche. Miraba y remiraba el atrevido proyecto que acababa de sugerirle su amigo, pero no acertaba a decir palabra.

Hermes lo empujó amistosamente hasta la ventana que daba al poniente, y señaló la vaga silueta de la Esfinge.

— Ella nos ha iluminado — exclamó con entusiasmo — Hagamos, ante la presencia de la Madre celeste, la promesa conjunta. ¿Estas dispuesto?. ¿Quieres que ambos levantemos, junto a la Esfinge, este monumento de las

edades presentes y futuras que señalará el comienzo de la Era Táurica que vivimos?.

Kufú respondió, tendiendo su diestra, grave y solemnemente:

— Quiero, Hermes, hermano mío.

— Entonces, ¡Que el gran dios de Egipto nos ilumine, ya que ambos trabajaremos en su nombre! — añadió Hermes.

Juntos volvieron con renovado entusiasmo junto a la mesa de labor donde se hallaban, extendidos, los recientes proyectos.

— Tú sabes que el Sol, en su movimiento precesional — comenzó explicando Hermes al joven Faraón — inicia ahora un nuevo ciclo de civilización bajo el lema del Toro celeste. Pues bien; ante todo, este ingente monumento piramidal cuyo esbozo tienes ante la vista, representará, como ves, una llama petrificada, el fuego, elemento solar. Este es el proyecto de la base. Fíjate. Un enorme cuadrado rectangular circunscrito en el círculo cósmico. Es la primera palabra del lenguaje iniciático que designa la Divinidad activa. Es el cuádruple ritmo del año, la tetractis sagrada, las cuatro oleadas de vida de las estaciones que regulan el ritual de los Misterios y sus cuatro fechas sagradas. Observa su orientación. Cada cara de este cuadrado señala un punto cardinal del planeta: oriente, occidente, norte, sur. Su emplazamiento, próximo a la gran Esfinge, marcará, según los cálculos secretos, el meridiano ideal de la Tierra, ya que dividirá exactamente las masas de los mares y de los continentes.

Hojeó Hermes entonces entre los diversos esbozos extendidos y puso ante la vista de Kufú otro en que estaba diseñado un triángulo rectángulo y en el margen del cual aparecían ecuaciones matemáticas. Y señalándolo con el índice, prosiguió:

— Cada una de las caras de este cuádruple triángulo, será igual al cuadrado de la altura. Cada una de sus aristas, de sus divisiones corresponderá a fracciones del diámetro ecuatorial. Los rayos del Sol, al reflejarse sobre las lisas superficies inclinadas, señalarán al pueblo egipcio, a manera de un inmenso cronómetro, las horas del día, y las fechas del año, la dimensión de las sombras. Los hitos de los solsticios y los equinoccios regularán las épocas de las siembras, de las cosechas y el ritmo de la vida toda del país.

Tomando por base la clave matemática de sus dimensiones, será a manera de un inmenso índice para la observancia de la comba celeste. Ya que en esta pirámide gigantesca estará contenido el diámetro de la Tierra, su densidad, las distancias de los planetas, la base de todas las medidas, la distancia que separa la Tierra del Sol, la definición de los ciclos históricos de

acuerdo con las etapas cíclicas del tiempo. O sea, la larga ruta seguida por la humanidad en su peregrinación sobre el planeta Tierra. Será, en fin, esta Pirámide a nuestra iniciativa y esfuerzo debida, el gran Libro de Piedra de la Sabiduría Eterna, nuestro testamento a las humanidades que se sucederán por milenios sin cuento...

Después de pronunciar estas palabras, guardó Hermes un silencio que parecía oyente ya que su rostro se iba iluminando, como si captara nuevas y profundas ideas. Su amigo le observaba lleno de admiración, sin atreverse a truncar su prolongada meditación creadora.

— ¡Y el vedado diseño de su interior!... Sus siete cámaras se hallarán consagradas a los siete planetas; los pasillos ascendente y descendente, sus confluencias, sus tubos de ventilación, sus precisas dimensiones, señalarán, ¡Oh morada de las Iniciaciones futuras!, todo el proceso interior y exterior de las pruebas, que culminarán en la cámara superior consagrada al Sol donde el candidato recibirá la luz astral.

— ¡Maravilloso! — exclamó, entusiasmado, Kufú.

— Sobre este monumento imperecedero, resbalarán los siglos y las civilizaciones... — siguió diciendo, iluminadamente, Hermes — Y llegará un tiempo en que de este floreciente Egipto, no quedarán más que unos misteriosos jeroglíficos, una multitud de dioses extraños sin la clave de su significado, y estos grandes monumentos, casi externos... Entonces, muchos creerán que esta ingente pirámide fue levantada por Kufú para guardar sus despojos momificados...

— ¿Cómo es posible que la mente humana pueda llegar a concebir que un Faraón iniciado, vencedor de las vanidades y tentaciones materiales, haya edificado la gran Pirámide de Egipto para sus propios fines terrenos y ultraterrenos?.

— La mente, cuando no está iluminada, es el gran destructor de la realidad — respondió sentenciosamente Hermes — pero la verdad siempre se impone cuando hay deseo de conciencia y algún día venturoso, resurgirán las claves de su interpretación. Y entonces, la humanidad comprenderá...

No pudiendo Kufú contener su entusiasmo, exclamó, abrazando a su amigo:

— ¡Oh Hermes!. Me has dado a entender todo el alcance de esta obra gigantesca que ofreceremos ambos a las edades futuras y que unirá para siempre nuestros nombres. Tú, como inspirado creador y planeador. Yo, como la mano que la realizó. Los dos nos complementaremos. Para levantar este monumento sabio, necesitamos dos cosas: dinero y mano de obra en cantidad.

Yo puedo proporcionarlas. Tú me has dado, con ello, la solución anhelada al problema de estado que vine a consultarte. Aquí está. Durante muchos años, en los periodos calamitosos de las sequías, mis súbditos trabajarán y la Gran Pirámide será, desde sus mismos cimientos, un monumento elevado a la alegría y al bienestar del pueblo egipcio. Millares de hombres la edificarán cantando, porque no les faltará el pan, ni el pan de sus hijos, ni la seguridad de sus hogares.

Al decir estas últimas palabras, se aproximó al ventanal que daba a oriente. Y señalando la dirección noreste del vasto paisaje que ante sus ojos se extendía, dijo, atrayendo por la mano a Hermes:

— ¡Mira, hermano mío!. Aquí están, mudas e intactas, esperando abrir y ofrendar el tesoro de sus entrañas, las canteras del Tura, muro natural de la Arabia Feliz.

— Sí — respondió con frenada emoción, Hermes. Y levantando ambos brazos — Y aquí están los cielos y la tierra con un gozo eterno, esperando su realización.

— Abriremos un ancho canal provisorio que conduzca hasta allí las aguas del Nilo para los acarreo de los grandes bloques pulidos y el transporte de material. Y mis arcas, se abrirán de par en par...

Comenzaba a clarear. Un leve y uniforme matiz malva coloreaba el cielo de madrugada.

Entregado cada cual a su propio sueño, ambos jóvenes contemplaron largo rato, en silencio, el candido paisaje que se iba poco a poco definiendo ante ellos, como si el fenómeno de la aurora cercana deviniera también el símbolo de su propia ilusión compartida.

Por fin, Hermes rompió el mutuo éxtasis con estas palabras pronunciadas con voz solemne:

— Los Libros Sagrados, dicen: “El Espíritu del Sol desciende de vez en cuando para encarnar en los Faraones y vivificar las dinastías”.

Kufú miró entonces a su amigo con una honda, penetrante mirada de gratitud y, embargado por la emoción, murmuró:

— Tú serás siempre la Luz de Egipto, **¡OH HERMES, TRES VECES GRANDE!**.



ENSEÑANZAS DEL HERMETISMO

**“Aquí comienzan los Himnos que relatan
la salida del Alma hacia la Luz del Día.
su resurrección en el Espíritu, su entrada y sus viajes
en las regiones del más allá”.**

Hermes
“Libro de los Muertos” I

*¡Oh vosotros, Espíritus divinos
que hacéis penetrar a las almas perfectas
en la morada sacrosanta de Osiris,
abrid ante mi alma la Via que conduce a su Morada!.*

¡Que pueda como un niño renacer a la Vida!.

*Sean santificados vuestros Nombres,
¡Oh dioses reguladores de los Ritmos sagrados,
que presidís las etapas de los Misterios!.*

*¡Oh Dios de la Verdad y de la Justicia!
Destruye el mal que hay en mí. Haz que desaparezcan
mis malignidades y mis crímenes.
Extirpa de mi corazón todo aquello
que me aleja de Ti.*

*Pueda yo devenir vigoroso en la Tierra
cerca del Espíritu Solar.
Pueda llegar en paz al puerto de salvación
cerca de Osiris.*

*Los vientos favorables empujan tu Barca hacia el puerto propicio.
Las divinidades de las cuatro Regiones del Espacio
Te adoran, ¡Oh Tú, inmensa substancia divina de la que proceden
todas las Formas y todos los Seres!.*

*He aquí que acabas de pronunciar una Palabra,
y la Tierra, silenciosa, Te escucha...
¡Oh Divinidad única!. Tú regías ya el Cielo en una época
en que la Tierra, con sus montañas, aún no existía.*

*No hay un miembro en mi cuerpo
en que no resida una divinidad.*

La Palabra y el Silencio se equilibran en mi boca.

*En verdad, yo soy aquel
que camina hacia la plena Luz del Día.
En presencia de Osiris, me convierto en Maestro de la Vida,
Mi ser es permanentemente inalterable y eterno.*

*En verdad, cuando haya aniquilado a mis enemigos internos
será un gran día sobre la Tierra.
Me pongo en campaña contra mis enemigos.
Ellos han sido ofrecidos a mi poder,
y yo los aniquilo ante las divinas Jerarquías.*

*Avanzo. Y aquí que la luz se hace resplandeciente.
Ataco y subyugo los demonios de cabeza de cocodrilo.
Yo adoro las silenciosas divinidades ocultas en la oscuridad,
consuelo y realzo a los que lloran
y que con sus manos cubren sus semblantes
sumidos en la desesperación...*

*Oí vuestras lamentaciones,
y abro el sendero hacia la Luz.*

Yo estimulo los brotes de la fuerza universal del renacer.

*Ciertamente, llevo en mí
los gérmenes y posibilidades de todos los dioses...*

*Soy un hijo de la Tierra.
Largos fueron mis Años...*

*Me acuesto al fenecer el día
y renazco a la vida en la mañana
de acuerdo con los ritmos milenarios del Tiempo.
Soy un hijo de la Tierra
y le permanezco fiel.
Tan pronto muero como renazco a la Vida.
Y vuelvo a florecer y a renovarme
según los milenarios ritmos del Tiempo.*

*Yo os contemplo, ¡Oh dioses antiguos,
y a vosotros, grandes Espíritus de Heliópolis!...*

*¡No tratéis por la palabra de vuestra boca
de soltar los demonios
a fin de detener mi avance!
(Helo aquí, al impuro que ronda en torno mío
y que se dispone a asaltarme).
Pero en verdad, yo me he purificado
en el Lago de la Balanza del Juicio.
Me he bañado en los rayos del Ojo Divino...*

*Doquiera me hallo,
aparecen la Verdad y la Justicia.
Soy su testimonio sobre la Tierra.*

*En medio de las Sombras del Pasado,
entre los Espíritus de las Edades pretéritas,
desde el Alba de los tiempos, perpetuamente,
en el seno del dios del Devenir, Khepra,
he recorrido el cirio de las Metamorfosis...
Penetré en la región de las Tinieblas
y súbitamente, mi semblante se develó
ante el Ojo radiante que contempla...*

*¿No he superado por mi propia energía los obstáculos?
¿No he dirigido la palabra a los dioses?
Por tanto, no podrán destruirme los demonios,
ya que soy el Heredero de los dioses de Heliópolis.*

LA CONFESIÓN **(Papiro Nu)**

*¡Yo te saludo, Gran dios, Señor de Verdad y de Justicia!.
Poderoso Maestro, ¡me presento ante tí!.
Permíteme contemplar tu radiante belleza...
Tu nombre es: “Señor del Orden del Universo”
Llevo en mi Corazón la Verdad y la Justicia,
ya que de él arranqué todo mal.
Yo no he causado sufrimiento a los hombres.
No empleé la violencia con mis parientes,
no troqué la justicia por la injusticia,
no frecuenté la compañía de los malvados,
no cometí crímenes,
no obligué a trabajar para mí con exceso,
no intrigué por ambición,
no maltraté a mis servidores,
no blasfemé contra los dioses,
no privé al indigente de su subsistencia,
no cometí actos execrables para los dioses,
no permití que ningún servidor fuera maltratado por su amo.
No hice sufrir a nadie,
no provoqué el hambre,
no hice llorar a mis semejantes,
no maté ni mandé asesinar,
no creé enfermedades entre los hombres,
no usurpé las ofrendas de los templos,
no robé el pan de los dioses,
ni las dádivas destinadas a los Espíritus santificados.
No cometí actos degradantes
en el recinto sacrosanto de los templos.
Nunca disminuí la ración de la ofrenda,
ni traté de aumentar mis dominios
usando de medios ilícitos.
No usurpé los campos a nadie,*

*no manipulé los pesos de la balanza, ni alteré su nivel.
No privé de la leche a ningún niño,
no usurpé el ganado en los prados,
ni de la trampa las aves destinadas a los dioses.
No pesqué con cadáveres de peces,
ni obstruí la corriente natural de las aguas.
No apagué la llama de ningún hogar
en tanto debía arder.
No viole las reglas que rigen las ofrendas de la carne,
no tomé posesión de reses destinadas a los templos divinos.
Jamás impedí a un dios manifestarse.
¡Soy puro!. ¡Soy puro!. ¡Soy puro!. ¡Soy puro!.
¡He sido purificado como el gran Fénix de Heracleópolis,
ya que soy dueño de las Respiraciones
que dan la vida a todos los Iniciados!.*

DEL PAPIRO NEBSENI

*Oh tú, Espíritu que te manifiestas en Ker-aha
cuyos brazos rodean llameante fuego,
nunca actué con violencia.*

*Oh tú, Espíritu que te manifiestas en Hermópolis
y que respiras el divino soplo,
mi corazón detesta la brutalidad.*

*Oh tú, Espíritu que te manifiestas en el Cielo
bajo la forma de León,
yo no disminuí la medida de trigo.*

*Oh tú, Espíritu que te manifiestas en Letópolis
y cuyos ojos, dañan como dos puñales,
nunca cometí fraude.*

*Oh tú, Espíritu que te manifiestas en el Amenti,
deidad de ambas fuentes del Nilo,
jamás difamé.*

*Oh tú, Espíritu que le manifiestas en la Región de los Lagos
y cuyos dientes relucen como el Sol,
yo jamás agredí.*

*Oh tú, señor del Orden Universal
que te manifiestas en la Sala de Verdad-Justicia,
jamás acaparé los campos de cultivo.*

*Oh tú, Espíritu que te manifiestas en Bubastis
y que caminas hacia atrás,
sabe que nunca escuché tras las puertas.*

Oh tú, Espíritu Aati que apareces en Heliópolis,

nunca he pecado de palabrería.

*Oh tú, Espíritu Tutuf que apareces en Ati,
jamás formulé maldiciones
por ofensas que me fueron infligidas.*

*Oh tú, Espíritu Uamenti que apareces en las cuevas de tortura,
nunca cometí adulterio.*

*Oh tú, Espíritu que te manifiestas en el templo de Amsu
y que contemplas cuidadosamente las ofrendas que te son rendidas,
sábelo: jamás en la soledad dejé de ser casto.*

*Oh tú, Espíritu destructor que te manifiestas en Kauí,
nunca violé las disposiciones de mi tiempo.*

*Oh tú, Espíritu que apareces en la Región del Lago Hekat
bajo la forma de un niño,
nunca dejé de atender las palabras de Justicia.*

*Oh tú, Espíritu que tienes el semblante detrás de la cabeza
y que sales de la morada escondida,
jamás pequé contra natura con los hombres.*

*Oh tú, Espíritu ornado de cuernos y que sales de Satiu
en mis discursos, jamás emplee exceso de palabras.*

*Oh tú, Hi, que apareces en el Cielo,
sábelo: nunca fueron altaneras mis palabras.*

*Oh tú, Neheb-Kau, que sales de tu ciudad,
nunca intrigué para darme importancia.*

*Oh tú, Espíritu cuya cabeza se halla santificada
y que sales inesperadamente de tu escondrijo,
sabe que no me enriquecí más que en forma lícita.*

¡Mirad!. El Cielo está abierto, la Tierra está abierta...

*Las Puertas son grandes; se han corrido los cerrojos de los Portales
y he aquí que Ra aparece en el horizonte...*

*¡Mirad!. ¡Aquí está Toth, el Señor de los Misterios!
El procede a las libaciones ante el Maestro de Millones de Años,
y abre el camino a través del Firmamento...
¡Heme aquí!. ¡Yo llego para restablecer el Orden Cósmico.*

HERMES
“Libro de la Salida a la Luz del Día”
(conocido vulgarmente por “Libro de los Muertos”)

Reflexionaba yo cierto día sobre la naturaleza de las cosas remontando mi pensamiento a las alturas, cuando me pareció ver ante mí a un ser de elevadísima condición que me llamaba por mi nombre.

Díjome:

— ¿Qué es lo que deseas ver y oír?. ¿Qué anhelas conocer?.

— ¿Quién eres? — le pregunté.

— Soy Pymander, la divina Inteligencia. Dime a lo que aspiras y te ayudaré a conseguirlo.

— Quisiera conocer la naturaleza de las cosas y de los seres y la existencia de Dios.

— Concéntrate y define bien tus preguntas. Y respecto de ellas te instruiré.

Al terminar estas palabras se metamorfoseó su forma y apareció ante mí un espectáculo indescriptible. De pronto, todo quedó iluminado con una suave luz benigna. Pero inmediatamente oscureció y quedé en la más amedrentadora penumbra. Me hallé envuelto en una masa húmeda y turbia de la que emanaba un vaho caliente que producía en mis oídos un lúgubre sonido. Poco a poco las tinieblas se fueron disipando y el sonido se fue articulando como si fuera la voz de la luz. Y el Verbo iluminado descendió sobre la materia.

Entonces habló Pymander:

¿Conoces ahora lo que esta visión significa?.

— Quisiera comprender — respondí.

— Yo soy esta luz, tu propia Inteligencia, tu dios. Soy anterior al principio húmedo que emana de las tinieblas. Soy el germen del pensamiento, el Verbo resplandeciente, el hijo de Dios. El que se conoce a sí mismo, conquista el bien superior a su esencia. Dios que es la suprema Inteligencia, quiere que todo hombre participe de ella, conociéndose.

— ¿Acaso — me atreví a preguntar — no poseen todos los hombres esa inteligencia?.

— Ciertamente, la poseen — contestóme — Yo mismo soy el intelecto

para los hombres buenos, puros, piadosos y santos. Mi presencia les estimula y por ella conocen inmediatamente, por intuición, todas las cosas. Esa inteligencia es para ellos como un centinela que les advierte de todas las asechanzas. Hombres, absteneos de la codicia, de la glotonería. Vivid sobriamente. ¿Por qué os precipitáis hacia la muerte si sois capaces de alcanzar la inmortalidad?. Huid de las tinieblas, de la ignorancia, alejaos de la obscuridad, evitad la corrupción, alcanzad lo perdurable. Conductor del linaje humano, yo os enseñaré la senda de la salvación y llenaré vuestros oídos con las lecciones de la sabiduría.

— ¿Quieres definirme esa senda?.

— Escúchame: aquello que en tí ve y comprende es el Verbo, la Palabra divina, la Inteligencia del Padre, jamás separados. Su unión es la Vida. Medita, pues primero en la luz, y anhela conocerla... Dios es también fuego y espíritu.

Al decir estas últimas palabras me miró fijamente durante un buen rato y el influjo de su mirada me hizo estremecer. A una señal suya, se hizo en mi pensamiento la Luz y su fuerza inmensurable. Ví formarse el mundo del caos y ví el fuego, mantenido por un supremo poder, llevar la manifestación a su equilibrio.

He aquí lo que aprendí de Pymander. Le di las gracias.

“La Tradición Hermética”

Los labios de la sabiduría permanecen cerrados, excepto para el oído capaz de comprender.

“El Kybalión”

El verdadero sabio que conoce la naturaleza del Universo, emplea la Ley superior contra las leyes inferiores y por medio de la alquimia, transmuta lo indeseable en sí mismo, en lo realmente valioso. Y así triunfa. El ser superior se distingue, no por sueños anormales, visiones o imágenes fantasmagóricas, sino por el empleo inteligente de las fuerzas superiores sobre las inferiores, librándose de ese modo del dolor de los bajos planos y vibrando en los más elevados. La transmutación es el arma del Maestro.

“El Kybalión”

Como arriba, así es abajo.

“El Kybalión”

Toda causa tiene su efecto. Todo ocurre de acuerdo con la ley. El azar no es más que el nombre que se da a una ley desconocida.

El conocimiento, lo mismo que la fortuna, deben emplearse. La ley del uso es universal y el que la viola, sufre por haberse puesto en conflicto con las fuerzas naturales.

“El Kybalión”

Ante todo, debes despojarte de esta vestidura que llevas: los hábitos de la ignorancia, los principios de la maldad, el instinto de corrupción, los malos pensamientos. Ellos constituyen la muerte viviente, la sepultura que llevas en tí mismo.

“Escritos Sagrados de Hermes Trimegisto”

El primero de nuestros tiranos internos es la ignorancia. Después vienen los deseos, la tristeza, la injusticia, la ambición, el error, la astucia, la ira, la temeridad, la malevolencia. Pero esos tiranos se alejan del sabio verdadero. Cuando conozcas bien, hijo mío, la naturaleza de Dios, sentirás una alegría inefable de verte libre de esta parte negativa de tí mismo que es la ignorancia. Con la temperancia, te vendrá el poder del entusiasmo permanente como una ofrenda. ¡Oh gran virtud!. ¡Apresurémonos a conseguirla!. Nos sentaremos entonces en el trono de la Justicia que, sin lucha, vence todo mal. Poseeremos un gran sentido de la rectitud y de la generosidad, cualidad divina. La verdad hará huir toda mentira. Y la plenitud del bien vendrá, como una gloria. Entonces no habrá ya tiranos ni verdugos en nosotros. Los habremos vencido. Ya conoces ahora el camino de la humana regeneración, que señala el nuevo nacimiento a las santas delicias de la contemplación. ¡Goza de felicidad perfecta!.

“Escritos Sagrados de Hermes Trimegisto”

